

QUINTANA, MANUEL JOSÉ (1772 – 1857)

ANTOLOGÍA I

POESÍA MAYOR

ÍNDICE

A JUAN DE PADILLA.

A LA EXPEDICIÓN ESPAÑOLA

PARA PROPAGAR LA VACUNA EN AMÉRICA BAJO LA DIRECCIÓN DE DON FRANCISCO BALMIS.

A LUISA TODI, CUANDO CANTÓ EN EL TEATRO DE MADRID LAS DOS ÓPERAS DE ARMIDA Y DIDO

A LA HERMOSURA.

A LA PAZ ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA EN 1795

A MELÉNDEZ, CUANDO LA PUBLICACIÓN DE SUS POESÍAS.

AL ARMAMENTO DE LAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS CONTRA LOS FRANCESES.

ARIADNA.

SE SUPONE A ARIADNA SENTADA EN UNA ACTITUD PROFUNDAMENTE TRISTE SOBRE UNA PEÑA A LA ORILLA DEL MAR: A UN LADO UNA TIENDA, A OTRO UN GRAN PEÑASCO QUE SE ENCORVA SOBRE LAS AGUAS.

A GUZMÁN EL BUENO.

LA DANZA.

A CINTIA

A UNA NEGRITA

PROTEGIDA POR LA DUQUESA DE ALBA.

A FILENO,

CONSOLÁNDOLO EN UNA AUSENCI

AL COMBATE DE TRAFALGAR.

A CÉLIDA

AL MAR

FRAGMENTOS DE UNA TRADUCCIÓN DEL PASTOR FIDO.

I

DISCURSO DE LINCO A SILVIO.

II

AMINTA Y LUCRINA.

III

CORISCA

IV

EL SÁTIRO

A DON GASPAR DE JOVELLANOS,

*CUANDO SE LE ENCARGÓ EL MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA
DESPEDIDA DE LA JUVENTUD.
AL SUEÑO.
A DON RAMÓN MORENO.
SOBRE EL ESTUDIO DE LA POESÍA.
EN LA MUERTE DE UN AMIGO.
A DON NICASIO CIENFUEGOS,
CONVIDÁNDOLE A GOZAR DEL CAMPO.
PARA UN CONVITE DE AMIGOS.
A LA INVENCION DE LA IMPRENTA.
A LA DUQUESA DE ALBA.
PRESENTÁNDOLE UNA OBRA DE ESCULTURA CONSAGRADA A SU
BENEFICENCIA.
EL PANTEÓN DEL ESCORIAL.
A ESPAÑA, DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN DE MARZO.*

A JUAN DE PADILLA

Todo a humillar la humanidad conspira
Faltó su fuerza a la sagrada lira,
Su privilegio al canto,
Y al genio su poder. ¿Los grandes ecos
Do están, que resonaban
Allá en los templos de la Grecia un día,
Cuando en los desmayados corazones
Llama de gloria de repente ardía,
Y el son hasta en las selvas convertía
A los tímidos ciervos en leones?
¡Oh, cuál cantara yo si el dios del Pindo
Poder tan grande a mis acentos diera!
¡Con qué vehemencia entonces la voz mía,
Honor, constancia y libertad sonando,
De un mar al otro mar se extendería!.

¡Patria! nombre feliz, numen divino,
Eterna fuente de virtud, en donde
Su inextinguible ardor beben los buenos;
¡Patria!... La vista atónita no encuentra
Patria en torno de sí, ni el labio implora
Con voz tan bella al simulacro yerto
Que se muestra en su vez. Pálido, triste,
De negro luto y de pavor cubierto,
Ni aun a esquivar se atreve
La mano asoladora

De la furia execrable que, inclemente,
Su seno oprime, su beldad desdora.
Sangre destila si afligido llora;
Su lúgubre alarido
Rompe los aires, y en dolor bañado,
Viene horroroso a lastimar mi oído.

¡Perdona, madre España! La flaqueza
De tus cobardes hijos pudo sola
Así enlutar tu sin igual belleza!
¿Quién fue de ellos jamás? ¡Ah! vanamente
Discurre mi deseo
Por tus fastos sangrientos y el contino
Revolver de los tiempos; vanamente
Busco honor y virtud: fue tu destino
Dar nacimiento un día
A un odioso tropel de hombres feroces,
Colosos para el mal; todos te hollaron,
Todos ajaron tu feliz decoro;
¡Y sus nombres aún viven! Y su frente
Pudo orlar impudente
La vil posteridad con lauros de oro!

¡Y uno solo! ¡Uno solo!... ¡Oh, de Padilla
Indignamente ajado,
Nombre inmortal! Oh gloria de Castilla!
Mi espíritu agitado,
Buscando alta virtud, renueva ahora
Tu memoria infeliz. Sombra sublime,
Rompe el silencio de tu eterna tumba,
Rómpele, y torna a defender tu España,
Que atada, opresa, envilecida, gime.
Sí, tus virtudes solas,
Sólo tu ardor intrépido podría
Volvernos al valor, y sacudido
Por ti sólo sería
Nuestro torpe letargo y ciego olvido.

Tú el único ya fuiste
Que osó arrostrar con generoso pecho
Al huracán deshecho
Del despotismo en nuestra playa triste.
Abortóle la mar más espantoso
Que los monstruos que encierra en su hondo seno.
Y él, respirando su infernal veneno,
Entre ignorancia universal marchaba,

Destruyendo sus pies cuanto corrieron.

¿De qué pues nos valieron
Siete siglos de afán y nuestra sangre
A torrentes verter? Lanzado en vano
Fue de Castilla el árabe inclemente,
Si otro opresor mas pérfido y tirano
Prepara el yugo a su infelice frente.

Ofendida, indignada.
Se alzó, se estremeció, y arrojó el grito
De venganza y de horror. «Vuela, hijo mío,
Vuela, y ahuyenta la espantosa plaga
Que me insulta y me amaga:
Sé tú mi escudo, y en tu ardiente brío
Su curso infausto asolador quebranta.»
Dijo; y cual rayo que volando asuela,
O como trueno que bramando espanta,
El héroe de Toledo recorría
Un campo y otro campo: el pueblo todo,
Conmovido a su voz, ardiendo en ira
Y anhelando vencer, corre furioso
A la lucha fatal que se aprestaba.
Padilla le guiaba,
Y de la patria en su valiente mano
El estandarte espléndido ondeaba.

¡Oh estrago! ¡Oh frenesí! Dos veces fueron
Las que el genio feroz de la impía guerra
Entre muerte y dolor mezcló las haces;
¡Haces que nunca combatir debieron!
Un hábito, una tierra
Eran, y una su ley, unas sus aras,
Uno su hablar. ¡Ah bárbaros! ¿Y en vano
Naturaleza os diera
Vínculos tantos? Suspended los hierros
Que sedientos de sangre en vuestras manos
Contemplo con horror: ¿no sois hermanos?
Todos a un tiempo, todos
Revolved: al furor de vuestros brazos
Caiga rota en pedazos
La soberbia del déspota insolente
Que a todos amenaza... ¿En los oídos
No os dan los alaridos,
Las tristes quejas de la edad siguiente,
Que a ominosa cadena

Vuestra discordia pérfida condena?

De polvo en tanto la confusa nube,
Nuncia ya del furor, turbando el día,
Hasta el Olimpo sube;
Y del bronce tronante al estallido
El viento sacudido
Rauda dilata por Castilla toda
En ecos el horror: corre la sangre,
Vuela la muerte... ¡Oh Dios! ¿por qué dispersas
Las huestes vencedoras
Se derraman así? Solo en el llano,
De arena y sangre y de sudor cubierto,
Miro al héroe que lucha, y lucha en vano,
Y al fin cayó: su mísera caída
La libertad rendida
Llevó tras sí. Cayó: cuando salieron
Sus últimos suspiros,
Al seno augusto de la patria huyeron.

Tajo profundo, que en arenas de oro
La rubia espalda deslizando, llegas
El pie a besar a la imperial Toledo;
Toledo, que en desdoro
De su antigua altivez y su energía
Se encorva al yugo que esquivó algún día;
Toledo, oriente de Padilla... ¡Oh río!
Tú le viste nacer, tú lamentaste
Su destino infeliz, y en triste duelo
Su fin infausto denunciaste al cielo.
Tú aquel solar bañabas,
Do siempre incorruptibles se albergaron
La patria y el valor. Mis ojos vean
El suelo que él hollaba,
El espacio feliz do respiraba,
Y en mi llanto y dolor bañados sean.

¡Y nada encuentro! Y la venganza airada
Nada indultó! Su bárbara violencia
La inocente morada
De la opresa virtud sufrir no pudo.
Derrocóla; en su vez, solo, afrentoso,
El padrón del oprobio allí se mira,
Que a dolor congojoso
Incita el pecho y a furor sañudo,
Cuando contempla a la ignominia dado

Tan santo sitio y al silencio mudo.
¡Mudo silencio! No; que en él aún vive
Su grande habitador: vedle cuán lleno
De generosa ira
Clamando en torno de nosotros gira.

«Castellanos, alzáos; la inmensa huella
Corrió de tres edades
Por mi sangre infeliz; corrió, y aun ella
Hierve reciente y a venganza os llama.
¿Queréis por dicha conllevar la pena
Del siglo vil a quien mi muerte infama?
¿Seguir besando la fatal cadena?
¿Vuestro mal merecer? Volved los ojos,
Volved atrás, y contempladme cuando
Yo di a la tierra el admirable ejemplo
De la virtud con la opresión luchando.
Entonces los clamores
De la tremente patria en vano oísteis,
Negándoos a su voz, y fascinados
Tras la execrable esclavitud corrísteis,
Forjando ¡oh indignación! los torpes lazos
Que oprobio han sido a tan robustos brazos.

«Y aquella fuerza indómita, impaciente,
En tan estrechos términos no pudo
Contenerse, y rompió; como torrente
Llevó tras sí la agitación, la guerra,
Y fatigó con crímenes la tierra.
Indignamente hollada
Gimió la dulce Italia, arder el Sena
En discordias se vio, la África esclava,
El Bático industrial
Al hierro dado y devorante ruego.
¿De vuestro orgullo, en su insolencia ciego,
Quién salvarse logró? Ni al indio pudo
Guardar un punto inmenso, borrascoso,
De sus sencillos lares
Inútil valladar: de horror cubierto
Vuestro genio feroz, hiende los mares,
Y es la inocente América un desierto.

«Tantos estragos, sin respeto holladas
Justicia y fe, la detestable ofensa
Hecha a la patria de amarrarla al yugo
Y ahogar su libertad, a un tiempo alzarón

Su poderoso grito,
Y a la atónita Europa despertaron.
Ella sobre vosotros indignada
Cayó y os oprimió. ¿Qué se hizo entonces
Vuestra vana altivez? La tiranía
Que lenta os consumía
Tendió su cetro bárbaro, y llamando
A la exicial superstición, con ella
Fue abierto el hondo precipicio en donde
Se hundió al fin vuestro nombre,
Viles esclavos, que en tan torpe olvido
Sois la risa y baldón del universo,
Cuyo espanto y escándalo habéis sido.

«Estremecéos, a la Ignominia hoy dados,
Mañana al polvo, ¿no miráis cuál brama,
Con cuál furor se inflama
La tierra en torno a sacudir del cuello
La servidumbre? ¿Y se verá que, hundidos
En ocio infame y miserable sueño,
Al generoso empeño
Los últimos voléis? No; que en violenta
Rabia inflamado y devorante saña
Ruja el león de España,
Y corra en sangre a sepultar su afrenta.
La espada centellante arda en su mano,
Y al verle, sobre el trono
Pálido tiemble el opresor tirano.
Virtud, patria, valor: tal fue el sendero
Que yo os abrí primero;
Vedle, holladle, volad; mi nombre os guíe,
Mi nombre vengador, a la pelea:
Padilla el grito de las huestas sea,
Padilla aclame la feliz victoria,
Padilla os dé la libertad, la gloria.»

A LA EXPEDICIÓN ESPAÑOLA

(Para propagar la vacuna en América bajo la dirección de don Francisco Balmis)

¡Virgen del mundo, América inocente!
Tú, que el preciado seno
Al cielo ostentas de abundancia lleno,
Y de apacible juventud la frente;
Tú, que a fuer de más tierna y más hermosa

Entre las zonas de la madre tierra,
Debiste ser del hado,
Ya contra ti tan inclemente y fiero,
Delicia dulce y el amor primero;
Óyeme: si hubo vez en que mis ojos,
Los fastos de tu historia recorriendo,
No se hinchasen de lágrimas; si pudo
Mi corazón sin compasión, sin ira
Tus lástimas oír, ¡ah! que negado
Eternamente a la virtud me vea,
Y bárbaro y malvado
Cual los que así te destrozaron sea.

Con sangre están escritos
En el eterno libro de la vida
Esos dolientes gritos
Que tu labio afligido al cielo envía.
Claman allí contra la patria mía,
Y vedan estampar gloria y ventura
En el campo fatal donde hay delitos.
¿No cesarán jamás? ¿No son bastantes
Tres siglos infelices
De amarga expiación? Ya en estos días
No somos, no, los que a la faz del mundo
Las alas de la audacia se vistieron
Y por el ponto Atlántico volaron;
Aquellos que al silencio en que yacías,
Sangrienta, encadenada, te arrancaron.

«Los mismos ya no sois; pero ¿mi llanto
Por eso ha de cesar? Yo olvidaría
El rigor de mis duros vencedores;
Su atroz codicia, su inclemente saña
Crimen fueron del tiempo, y no de España.
Mas ¿cuándo ¡ay Dios! los dolorosos males
Podré olvidar que aun mísera me ahogan?
Y entre ellos... ¡Ah! venid a contemplarme,
Si el horror no os lo veda, emponzoñada
Con la peste fatal que a desolarme
De sus funestas naves fue lanzada.
Como en árida mies hierro enemigo,
Como sierpe que infesta y que devora,
Tal su ala abrasadora
Desde aquel tiempo se ensañó conmigo.
Miradla abracecerse, y cual sepulta
Allá en la estancia oculta

De la muerte mis hijos, mis amores.
Tened ¡ay! compasión de mi agonía
Los que os llamáis de América señores:
Ved que no basta a su furor insano
Una generación; ciento se traga;
Y yo, expirante, yerma, a tanta plaga
Demando auxilio, y le demando en vano.»

Con tales quejas el Olimpo hería
Cuando en los campos de Albión natura
De la viruela hidrópica al estrago
El venturoso antídoto oponía.
La esposa dócil del celoso toro
De este precioso don fue enriquecida,
Y en las copiosas fuentes le guardaba,
Donde su leche cándida a raudales
Dispensa a tantos alimento y vida.
Jenner lo revelaba a los mortales.

Las madres desde entonces
Sus hijos a su seno
Sin susto de perderlos estrecharon,
Y desde entonces la doncella hermosa
No tembló que estragase este veneno
Su tez de nieve y su color de rosa.
A tan inmenso don agradecida
La Europa toda en ecos de alabanza
Con el nombre de Jenner se recrea;
y ya en su exaltación eleva altares
Donde, a par de sus genios tutelares,
Siglos y siglos adorar le vea.

De tanta gloria a la radiante lumbre,
En noble emulación llenando el pecho,
Alzó la frente un español: «No sea,
Clamó, que su magnánima costumbre
En tan grande ocasión mi patria olvide.
El don de la invención es de fortuna,
Cócele allá un inglés; España ostente
Su corazón espléndido y sublime,
Y dé a su majestad mayor decoro
Llevando este tesoro
Donde con mas violencia el mal oprime.
Yo volaré; que un numen me lo manda;
Yo volaré: del férvido Océano
Arrostraré la furia embravecida,

Y en medio de la América infestada
Sabré plantar el árbol de la vida.»

Dijo; y apenas de su labio ardiente
Estos ecos benéficos salieron,
Cuando tendiendo al aire el blando lino,
Ya en el puerto la nave se agitaba
Por dar principio a tan feliz camino.
Lánzase el argonauta a su destino.
Ondas del mar, en plácida bonanza
Llevad ese depósito sagrado
Por vuestro campo líquido y sereno;
De mil generaciones la esperanza
Va allí, no la aneguéis, guardad el trueno,
Guardad el rayo y la fatal tormenta
Al tiempo en que, dejando
Aquellas playas fértiles, remotas,
De vicios y oro y maldición preñadas
Vengan triunfando las soberbias flotas.

A Balmis respetad. ¡Oh heroico pecho,
Que en tan bello afanar tu aliento empleas!
Ve impávido a tu fin. La horrenda saña
De un ponto siempre ronco y borrascoso,
Del vértigo espantoso
La devorante boca,
La negra faz de cavernosa roca
Donde el viento quebranta los bajeles,
De los rudos peligros que te aguardan
Los más grandes no son ni más crueles.
Espéralos del hombre: el hombre impío,
Encallado en error, ciego, envidioso,
Será quien sople el huracán violento
Que combata bramando el noble intento.
Mas sigue, insiste en él firme y seguro;
Y cuando llegue de la lucha el día,
Ten fijo en la memoria
Que nadie sin tesón y ardua porfía
Pudo arrancar las palmas de la gloria.

Llegas en fin. La América saluda
A su gran bienhechor, y al punto siente
Purificar sus venas
El destinado bálsamo: tú entonces
De ardor más generoso el pecho llenas;
Y obedeciendo al numen que te guía,

Mandas volver la resonante prora
A los reinos del Ganges y a la aurora.
El mar del Mediodía
Te vio asombrado sus inmensos senos
Incansable surcar; Luzón te admira,
Siempre sembrando el bien en tu camino,
Y al acercarte al industrioso chino,
Es fama que en su tumba respetada
Por verte alzó la venerable frente
Confucio, y que exclamaba en su sorpresa
«¡Digna de mi virtud era esta empresa.»

¡Digna, hombre grande, era de ti! Bien digo
De aquella luz altísima y divina,
Que en días más felices
La razón, la virtud aquí encendieron!
Luz que se extingue ya: Balmis, no tornes
No crece ya en Europa
El sagrado laurel con que te adornes.
Quédate allá, donde sagrado asilo
Tendrán la paz, la independencia hermosa;
Quédate allá, donde por fin recibas
El premio augusto de tu acción gloriosa.
Un pueblo, por ti inmenso, en dulces himnos
Con fervoroso celo
Levantará tu nombre al alto cielo
Y aunque en los sordos senos
Tú ya durmiendo de la tumba fría,
No los oirás, escúchalos al menos
En los acentos de la musa mía.

A LUISA TODI

(Cuando cantó en el teatro de Madrid las dos óperas de Armida y Dido)

¿Qué se negó de la falaz Armida
Al mágico poder? Su voz sonaba,
Y el bátratro profundo
De sus lóbregos senos alanzaba
El tremendo escuadrón que la servía.
Viérase al punto de infernal veneno
Toda inundarse en derredor la esfera,
Arder el rayo y retumbar el trueno.
La rápida carrera
Suspenderse del sol, bramar los vientos,

En sus hondos cimientos
Estremecerse el mar, y mal segura
La tierra contrastada,
De sus ejes eternos desquiciada.

Mas cuando al fin enamorada y ciega
El corazón indómito rendía,
Y de perder su amante recelosa,
En los fines del orbe le escondía,
Ya no era entonces la espantosa maga;
Era ya una deidad. El polo yerto
Ostentóse cubierto
Con el manto de Flora;
Por los fecundos prados
Las fuentes murmuraban,
Y de esencias bañados,
Los céfiros jugaban con las flores;
Volaban los amores,
Las gracias y el deleite en pos de Armida,
Y ella entre tanto, de Rinaldo asida,
El coro de las aves escuchaba,
Que al placer y al amor la convidaba.

Tal fue entonces Armida; y tal ahora
Tú ¡oh poderosa Todi! la presentas,
Ya en ternura y delicias anegada,
Temerosa después, y al fin furiosa
Viendo su gloria y su beldad hollada.
¡Invención celestial! No, no es Armida
La que así nos enciende
Y el agitado espíritu suspende
El mentido poder que por su encanto
Tuvo en los elementos confundidos,
Hoy en nuestros sentidos
Lo alcanza el arte y lo renueva el canto.
¡Soberana armonía!
¿En qué sus dulces y halagüeñas flores
Más bien que en tus loores
Esparcir deberá la poesía?

Pero ¿cómo en su vuelo
La poderosa voz seguir podría
Que pasma al mundo y maravilla al cielo?
Ella parte suave;
Y ora orgullosa y grave
Del espacio los ámbitos domina,

Ora en quiebros dulcísimos se pierde,
Y delicada trina;
Ora sube al Olimpo, ora desciende,
Y ora como un raudal rico y sonoro
Vierte súbitamente en los oídos
De su riqueza armónica el tesoro.

Sola la admiración enmudecida
Seguirla puede en su veloz carrera;
¿Y do ha vivido el corazón de fiera
Que se negase esquivo
De su expresión celeste al atractivo?
¡Oh! no es posible el evitar su imperio;
La fogosa energía
De su gesto y acción se le prometen,
Y su mágico acento y melodía.
Aquí vence, aquí triunfa, aquí arrebatada
Vedla de gloria y majestad vestida
Cuando del solio el esplendor retrata
Vedla después, desesperada y llena
De cólera y soberbia, amenazando
Nube parece que espantosa truena,
O terrible Aquilón cuando, soplando
Con hórrido silvido,
Sacude el universo combatido.

¿Mas cuál benigna suavidad se siente?
Él es, el blando amor, el hijo ardiente
De la hermosa y divina Citerea:
Más dulce y grato que la miel hiblea,
Más puro que los céfiros, su acento
Sale inflamando el viento,
Y por do quiera su ternura inspira.
Ya tras el bien perdido
Vaga anhelante y con dolor suspira;
En el dulce trinar pinta el gemido,
En los blandos gorjeos
Aparecen los tímidos deseos,
La amorosa inquietud, las ansias tiernas,
La risa alegre y apacible juego
Que ceban tanto el delicioso fuego.
Ya con tono más grave
La sublime constancia se ve ornada,
O en celeste deliquio modulada
Del caro bien la posesión suave.

Entonces gime el insensible, entonces
Hasta los duros mármoles se agitan;
Amor aprende a amar, a amar incitan
El eco, el viento, y de tu voz herido,
Por su divino impulso es arrastrado
Mi corazón vencido.
Salta en el pecho, y sin cesar palpita,
Todo anegado en el amante anhelo
Que inspira el canto; su vehemente llama
Veloz discurre por mi sangre y venas,
Y en todas ellas su calor derrama;
Derrama su calor, que vuelto en llanto,
Sin ser posible a contenerle el seno,
Salta a la vista en delicioso encanto.

¿Quién de tu genio medir podría
La extensión y el ardor? Dinos, ¿en dónde
Tuvo su oriente? En dónde
Se adestró a desplegar tal osadía,
Y de tanta riqueza salió lleno?
¿Fue acaso allá donde el feliz Ismeno
Corrió bañando la sonora Tebas?
¿O más bien sobre el Ísmaro sombrío,
Do por la vez primera
Los ecos de la música sonaron,
Y tras sí arrebataron
Los hombres y las fieras,
Las rocas y los árboles? ¿Do Orfeo
Su lira de oro celestial pulsaba,
Los vientos a su voz se condolían,
Y a Eurídice llamaba,
Y Eurídice los montes respondían?

Igual, empero, o superior, tú impeles
Al seno del olvido
Los pesares amargos y crueles.
Yo lo vi, lo sentí. Del hondo averno
Por mi mal abortado,
Un esquivo cuidado devoraba
Mi triste corazón, cuando presente
Vi la sidonia reina, que el amaba
Contra el troyano pérfido inclemente.
¡Bárbara atrocidad! Huye el ingrato
Sin que bastantes sean
De la mísera amante las querellas
Su fuga a suspender: huye, no cura

Los preciosos tesoros
Que fiel le prodigaba la hermosura;
Tesoros ¡ay! de amor y de ternura.
Y se entrega a la mar, ¡qué de lamentos!
Qué horrorosos acentos!
¡Qué desesperación! En vano llora
La triste, y corre enfurecida, y gime;
En vano al cielo en su dolor implora,
Y a los hombres también; hombres y dioses
Al dolor y al horror la abandonaron
¿Morirá la infelice
Sin hallar compasión? Grande, sublime
Terrible situación, que sorprendido
Mi espíritu admiraba,
Y olvidó su aflicción llorando a Dido.

¡Y que tan dulces horas
Hayan de fenecer! Mantua te pierde,
Mantua, que tanto te admiró; desierto
Se verá el gran teatro donde un día
Al eco de tu canto y los aplausos
El soberbio artesón se estremecía.
Mustio el espectador, irá a buscarte
Y no te encontrará; y en tal vacío,
¿Do está, dirá, la enamorada Elfrida,
La encantadora Elfrida? ¿Adónde fueron
La dulce Hipermenestra,
La arrogante Cleopatra y Cleofida?
Sombras sublimes, cuya hermosa idea
Inventar y animar el genio pudo,
¿Será que nunca ya mi mente os vea?

Anda, vive feliz, corre el sendero
Que a tu brillante gloria abrió el destino;
Mas ¿qué le falta a su esplendor divino?
El universo entero
Su honor, su encanto, su deidad te aclama.
Llevada en raudo vuelo
Por la sonante trompa de la fama,
Pasarás las edades, y asombrado
Te nombrará el artista y confundido.
Por más osado que su genio sea,
Tú el término serás de su esperanza,
Dique a su presunción: él desde lejos
Adorará tus soberanas huellas,
Y lucirá tal vez con tus reflejos.

Así en el alto Olimpo las estrellas
Brillan, mas solamente en noche umbría,
Cediendo el resplandor y la victoria
Al gran planeta que preside al día

A la hermosura

Cuando en la flor de mis risueños días
Mi vista hirió tu luz, dulce hermosura,
¡Oh cómo palpité! ¡Cómo mi pecho
Te amó, te idolatró! Tú numen fuiste
Que desplegar hiciste
El vuelo de mi voz, tú presidías
De mi cítara al son, que entonces era
Más bien el eco de las ansias mías
Que el eco de tu gloria: exento ahora
De temor, de deseo y de esperanza,
Que aceptes pido con afable agrado
El tributo que rindo a tu alabanza.

¡Oh si al formar tu vencedor traslado,
Benigno el cielo, la apacible tinta
Me diera con que el día en el oriente
Nace a inundarle en cándidos albores!
¡Los hermosos colores
Flora me diera con que adorna y pinta
Al soberbio clavel su altiva frente!
Dírame de su seno la fragancia,
Y la bella elegancia
Que gentiles los álamos despliegan
Cuando las auras del abril los mecen,
Cuando las lluvias del abril los riegan.

A tu nacer testigo
El orbe se recrea,
Que tanto llega a florecer contigo
Y te contempla en tu halagüeña cuna,
Como al morir el día
Mira el recinto de la selva umbría
La incierta luz de la naciente luna.
Mírate amor alborozado, y lleno
Ya del ardor que en esperanza siente,
«Yo bañaré con mi esplendor su frente,
Soberbio exclama, y con mi ardor su seno.»

Crece; que el lirio y la purpúrea rosa
Tiñan tus gratos miembros a porfía;
El sol de mediodía
La lumbre encienda de tus ojos bellos;
Que el tímido pudor la temple en ellos;
La esencia de las flores
Tu dulce aliento sea,
Y a velar tus encantos vencedores
Bajen en crespas ondas tus cabellos;
En tu nevado seno
Empiecen los amores
La primera a gustar de sus delicias;
Tu pie en la danza embellecer se vea,
Y tu cándida mano en las caricias.

Diosa de la beldad, alza la frente,
Mira tu gloria; al contemplarla el sabio
Despide de su mente
La grave austeridad; la indiferente
Desmayada vejez siente que inflama
Tu viva lumbre sus cenizas frías,
Y suspirando exclama:
«¡Ah, quien volviera a los floridos días!»
Mientras que ansiosa, arrebatada y ciega,
La juventud a oleadas
Corre, y se agolpa tras de ti, y a oleadas
Su tierno afán a tributarte llega.

¡Qué nube de esperanzas y deseos
Te halaga en derredor! Qué de suspiros!
¡Cuántos amores! Y soberbia y fiera,
Sin ver ni agradecer, sigues hollando
La apacible carrera
Sembrada de placer, ornada en flores,
Tras tu carro de triunfo arrebatando
Los míseros despojos
De tantos amadores
Que al son de su cadena,
Bendiciendo tu luz, cantan su pena.

¡Dichoso aquel que junto a ti suspira,
Que el dulce néctar de tu risa bebe,
Que a demandarte compasión se atreve,
Y blandamente palpitar te mira!
¡En fin triunfaste, amor! ¡Cuál es la gloria

Que iguale en su contento
A tan bella y magnífica victoria?
Mira al mortal que devoró los dones,
Los dulces dones suspirados tanto,
Cual se agita impaciente, estremecido,
De vanidad henchido,
De gozo inmenso, de inefable encanto.

¡Y no es eterno! ¡Ay Dios! ¡Y llega un día
En que del albo seno,
Cansada la hermosura,
Lanza al amor! Amor la embellecía;
Él su semblante de expresión bañaba,
Él gracia la inspiraba y bizarría;
El mundo la veía,
Y cual templo de un Dios la respetaba.
Y ora apagando la sagrada antorcha,
Su alas tiende amor, y huye gimiendo
A la vana inconstancia, a la falsía,
Que su altar profanaron
Y la alma, fuente del sentir, cegaron.

No así en ti se cegó, cuando a la tierra
Ejemplo dabas del amor más puro,
Heloisa infeliz. ¿Cuál fue la mano
Que, despiadada y dura,
Hundió en ese recinto pavoroso,
Morada del horror, tanta hermosura?
Y respondes: «Mi amor.» ¿Quién por tu seno
Dilató de tan bárbaros dolores
El amargo raudal? «Mi amor.» ¿Un tiempo
No llegará en que espire
El nombre de Abelardo en tus clamores,
De que el eco se llena,
Y en esas anchas bóvedas resuena?

«No lo sufre mi amor. Mira los días
Cual pasaron por mí; su triste huella
Marchitó mi beldad, sin que un instante
Viese templar la inapagable llama
Que me consume. Feneció mi amante
Sin fenecer mi amor; sus restos fríos
Son sin cesar bañados
De ardiente llanto y de lamentos míos.

Déjame en ellos inundarme; el cielo

Este solo placer es el que ha dado
A mi infelice suerte.
Déjame mi dolor; cuando la muerte
Venga a librarme del horror del mundo,
Entonces ¡ay! en mi postrer momento
Abelardo, dirá con hondo acento,
Abelardo, mi labio moribundo.»

Así sus ayes lastimeros hienden
De siglo a siglo, y sus agudos ecos
En lástima y amor el pecho encienden.
Rosas y mirtos a su tumba, y llanto,
Llanto más bien; las lágrimas que vierto,
Al mismo tiempo que mi voz la nombra,
Son dulce ofrenda a su adorable sombra.
¿Tanto vale el sentir? ¿A tanto alcanza
Su divino poder? Ojos hermosos,
Sabed que nunca parecéis más bellos,
Sabed que nunca sois más poderosos
Que cuando en vos se mira
El vivo afán que el sentimiento inspira.
Sin él ¿qué es la beldad? Flor inodora,
Estatua muda que la vista admira,
Y que insensible el corazón no adora.

A LA PAZ ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA EN 1795

Dos lustros ya de plácido sosiego
Sobre el regazo de la paz hermosa
Gozado el mundo había;
Y adormecido el fuego
De la discordia atroz, la espada ociosa
Entre el polvo y orín se consumía.
Nada turbó las cándidas auroras
De tan dulce quietud; logró en su asilo
El labrador tranquilo
Ver coronadas de su afán las horas.

Más sangre y fuego respirando viene
Con violento ademán Mavorte fiero,
Y a la cumbre escarpada
De la antigua Pirene
Sube ardiendo en furor; cruje el acero,
De su carro espantoso, y empuñada

La mortífera lanza que blande,
Mueve sañudo la execrable frente,
Y en su rabia impaciente
Cebarse en llanto y mortandad desea.

Tronó su voz; al escucharla entonces
El suelo en luto y en pavor gemía
Destrozado, oprimido
Con los enormes bronce,
Vio la flor de la Hesperia que corría
De la bélica trompa al gran sonido.
¡Miseros! id donde el honor os lleva,
Ardiendo en ansia de funesta gloria;
Volad a la victoria,
Y haced de vuestro aliento heroica prueba.

¿Qué lograréis? El monstruo abominable
De vuestra insana ceguedad riendo,
Da la señal; ya sube
Del cañón formidable,
Al cielo vuestros crímenes diciendo,
De fuego y humo la ondeante nube.
Retumba el aire, y pavoroso esconde
Los gritos, el terror, el triste estrago;
El amago al amago,
La cólera a la cólera responde,

Muerte horrible a la muerte. Así espantoso
Bate las altas cimas de Apenino
El Aquilón sañudo;
A su ímpetu fragoso
El cedro añoso y el soberbio pino,
Sin encontrar a su defensa escudo,
Caen; y el hondo valle estremeciendo,
Por los ecos alígeros llevado,
Asorda dilatado
De caverna en caverna el ronco estruendo.

Y en medio de la lucha fulminante
Es el furor tan bárbaro y tan ciego,
Que ni la tierna esposa
Ni la afligida amante
Templar podrán de la contienda el fuego
Con su memoria tierna y dolorosa.
Todo cae, agoniza; ¡hombres crueles!
Y acaso aspiran a dorar su estrago

Con el falaz halago
Del carro triunfador y sus laureles.

Mas no; junto a la rueda sanguinaria
Van la viudez y la orfandad que lloran.
Monarcas de la tierra,
¿La mísera plegaria
No escucháis de los pueblos que os imploran?
Poned, poned un término a la guerra;
Y si el rayo, el relámpago y el trueno
Vuestro poder mostraron a porfía,
Ya es bien que luzca un día,
Debido a vuestra unión, dulce y sereno.

Le dais por fin; a vuestra voz levanta
En el aire la paz de su alma oliva
La bienhechora rama.
¿No veis cuál se adelanta
A aplaudiros la tierra, y cuán festiva
Bendice vuestro nombre y os aclama?
¡Salud, divina paz! Eterna amiga
De la vida y del bien, ven, y en contento
Convierte el desaliento,
Y en sosiego apacible la fatiga.

Ven, y que la amistad, que la preciada
Virtud prodiguen sus inmensos bienes:
En esto ¡oh Diosa! emplea
Tu protección sagrada.
Tú fecundas el mundo y le sostienes,
Tú le das ornamento y se hermosea;
Bajo la sombra de tu augusto velo
Las artes viven en concierto amigo,
Y seguro contigo,
El Genio extiende su brillante vuelo.

A ti en los templos el incienso humea,
A ti las musas su divino acento
Sonoramente envían;
Y en cuanto el mar rodea,
En cuanto ilustra el sol y gira el viento,
De ti sola su bien los pueblos fían.
¡Ah! Maldición eterna al inhumano
Que, profanando la quietud del suelo,
Muestre en bárbaro anhelo
Ardiendo el hierro en su homicida mano!

¡Maldición, maldición! Corren veloces
Los ríos a la mar; nosotros ciegos
Al crimen y a la muerte
Nos llevamos feroces,
Sin atender a los humildes ruegos
De la virtud, sin escuchar la fuerte
Lección del tiempo, que incesante clama.
¡Triste destino! El hombre fascinado
Va siempre al carro atado
De la ambición frenética que brama.

Pues si negado a tantos escarmientos,
Siempre ha de ser que el universo gima
En guerra y en crueldades,
Dejad vuestros asientos,
¡Oh montes! y cayéndonos encima,
Fenece de una vez tantas maldades.
Irrita ¡oh ponto! tus voraces ondas.
Hasta que, sepultado el ancho mundo
En tu abismo profundo,
Por siempre en él nuestra impiedad escondas.

A MELÉNDEZ VALDÉS

(Cuando la publicación de sus poesías)

¡Gloria al grande escritor a quien fue dado
Romper el sueño y vergonzoso olvido
En que yace sumido
El ingenio español; donde confusas,
Sin voz y sin aliento,
Se hunden y pierden las sagradas musas.
Alto silencio en la olvidada España
Por todas partes extendió su manto,
Cuando tu hermoso canto
Resonando, ¡oh Meléndez! de repente,
De orgullo y gozo llena,
Se vio a tu patria levantar la frente.

Tal en la noche de los siglos densas
Crecer las nieblas de ignorancia viendo
Natura, y sacudiendo
El ocio letargoso en que yacía,

Dijo: «Que Homero sea;»
Y Homero nace, y resplandece el día.
Bellos como la luz, tersos y puros,
Bien como el fondo del etéreo cielo,
Gratos aún más que el vuelo
Del céfiro sonante en el estío,
Cuando las hojas mueve,
Y templá el rayo en delicioso frío;
Tus armoniosos versos a raudales
Del manantial fecundo se arrebatan,
Do fieles se retratan
Las flores y los árboles del suelo,
Las sierras enriscadas,
Las bóvedas espléndidas del cielo.

¡Cisnes del Pindo! Amable Anacreonte.
Tú, que de estro y amor mientras vivías,
Mísera Safo, ardías;
Y tú, divino Píndaro, que elevas
En tu atrevido acento
Con tu nombre clarísimo el de Tebas;
Volad hacia las playas de occidente
Desde la cumbre de Helicón divino,
Y ved el gran destino
Con que se ensoberbece el suelo iberio
Mirando en su poeta
Vuestra alta gloria y vuestro dulce imperio.
Ornan las gracias su celeste lira
Cuando el canto de amor en ella suena
Y apacible y serena
La belleza en sus versos vencedores
Se goza retratada,
De rayos coronada y resplandores.

Seguidle luego a los amenos campos,
A la abundosa y apacible vega
Que el claro Tormes riega;
Y al escuchar su pastoral acento,
Ved florecer las rosas,
Reír el prado, embebecerse el viento.
Mas ¿do su musa rápida se esconde?
¿Dónde se eleva? A su ambicioso pecho
El orbe vino estrecho,
Y al éter se encumbró; gozosa mira
Bajo de sí las nubes,
Y al campo inmenso del espacio gira.

¡Vosotros solos, númenes del canto,
Le seguiréis! Desde el fanal de Apolo
Al rutilante polo
Todo lo abarca en su inmortal porfía,
Y de fulgor se llena,
Y torrentes de lumbre al mundo envía.
A esta pompa magnífica, a los ecos
De aplauso universal que resonaron,
Sus cuellos agitaron
Las sierpes de la envidia, y de su seno
Ya a lanzar se aprestaban
Con torpe lengua el infernal veneno;
Cuando un genio gritó: «¡Monstruos odiosos!

¿Qué sois, decid, para alcanzar victoria
De tan hermosa gloria?
Sabed que nunca de la niebla umbría
El insensato orgullo
Vencer presume en claridad al día.
Admirad y callad», dijo. La envidia
Viose aterrada, y su furor fue vano;
Y el genio abrió su mano,
Y el lauro descendiendo omnipotente,
Al inmortal poeta
Cercó de rayos la gozosa frente.

AL ARMAMENTO DE LAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS CONTRA LOS FRANCESES

«Eterna ley del mundo aquesta sea:
En pueblos o cobardes o estragados
Que rueda a su placer la tiranía
Mas si su atroz porfía
Osa insultar a pechos generosos
Donde esfuerzo y virtud tienen asiento,
Estréllese al instante,
Y de su ruina brote el escarmiento.»
Dijo así Dios: con letras de diamante
Su dedo augusto lo escribió en el cielo,
Y en torrentes de sangre a la venganza
Mandó después que lo anunciase al suelo.
Hoy lo vuelve a anunciar. En justa pena
De tu vicioso y mísero abandono
En ti su horrible trono
Sentó el numen del mal, Francia culpable;

Y sacudiendo el cetro abominable,
Cuanto sus ojos ven, tanto aniquila.

El genio atroz del insensato Atila,
La furia que el mortífero estandarte
Llevaban de Timur, mandan al lado
De tu feroz sultán; ellos le inspiran,
Y ya en su orgullo a esclavizar se atreve
Cuanto hay del mar de Italia a los desiertos
Faltos siempre de vida y siempre yertos,
Do reina el polo engendrador de nieve.
Llega, España, tu vez; al cautiverio
Con nefario artificio
Tus príncipes arrastra, y en su mano
Las riendas de tu imperio
Logró tener, y se ostentó tirano.

Ya manda, ya devasta; sus soldados
Obedeciendo en torpe vasallaje
Al planeta de muerte que los guía,
Trocaron en horror el hospedaje,
Y la amistad en servidumbre impía.
¿Adónde pues huyeron,
Pregunta el orbe estremecido, adónde
La santa paz, la noble confianza
La no violada fe? Vanas deidades,
Que solo ya los débiles imploran.
Europa sabe, de escarmiento llena,
Que la fuerza es la ley, el Dios que adoran
Esos atroces vándalos del Sena.

Pues bien, la fuerza mande, ella decida;
Nadie incline o esta gente fementida
Por temor pusilánime la frente;
Que nunca el alevoso fue valiente.
Alto y feroz rugido
La sed de guerra y la sangrienta saña
Anuncia del león; con bronco acento
Ensordecido el eco en la montaña,
A devorar su presa
Las águilas se arrojan por el viento.
Sola la sierpe vil, la sierpe ingrata
Al descuidado seno que la abriga
Callada llega y ponzoñosa mata.

Las víboras de Alcides

Son las que asaltan la adorada cuna
De tu felicidad. Despierta, España,
Despierta, ¡ay Dios! Y tus robustos brazos,
Haciéndolas pedazos
Y esparciendo sus miembros por la tierra,
Ostenten el esfuerzo incontrastable
Que en tu naciente libertad se encierra.
Ya se acerca zumbando
El eco grande del clamor guerrero,
Hijo de indignación y de osadía.

Asturias fue quien le arrojó primero;
¡Honor al pueblo astur! Allí debía
Primero resonar. Con igual furia
Se alza, y se extiende adonde en fértil riego
Del Ebro caudaloso y dulce Turia
Las claras ondas abundancia brotan;
Y como en selvas estallante fuego
Cuando las alas de Aquilón le azotan,
Que de pronto a calmar ni vuelto en lluvia
Júpiter basta, ni los anchos ríos
Que oponen su creciente a sus furores;
Los ecos librades
Vuelan, cruzan, encienden
Los campos olivíferos del Betis,
Y de la playa Cántabra hasta Cádiz
El seno azul de la agitada Tetis.

Álzase España, en fin; con faz airada
Hace a Marte señal, y el Dios horrendo
Despeña en ella su crujiente carro;
Al espantoso estruendo,
Al revolver de su terrible espada,
Lejos de estremecerse, arde y se agita,
Y vuela en pos el español bizarro.
«¡Fuera tiranos!» grita
La muchedumbre inmensa. ¡Oh voz sublime,
Eco de vida, manantial de gloria!
Esos ministros de ambición ajena
No te escucharon, no, cuando triunfaban
Tan fácilmente en Austerlitz y en Jena;
Aquí te oirán y alcanzarás victoria;
Aquí te oirán saliendo
De pechos esforzados, varoniles;
Y la distancia medirán, gimiendo,
Que hombres hay a mercenarios viles.

Fuego noble y sublime, ¿a quién no alcanzas?
Lágrimas de dolor vierte el anciano
Porque su débil mano
El acero a blandir ya no es bastante
Lágrimas vierte el ternezuelo infante;
Y vosotras también, madres, esposas,
Tiernas amantes, ¿qué furor os lleva
En medio de esas huestes sanguinosas?
Otra lucha, otro afán, otros enojos
Guardó el destino a vuestros miembros bellos.
Deben arder en vuestros negros ojos.

«¿Queréis, responden, darnos por despojos
A esos verdugos? No: con pecho fuerte
Lidiando a vuestro lado,
También sabremos arrostrar la muerte.
Nosotras vuestra sangre atajaremos;
Nosotras dulce galardón seremos
Cuando, de lauro y de floridos lazos
La vencedora frente coronada,
Reposo halléis en nuestros tiernos brazos.»
¿Y tú callas, Madrid? Tú, la señora
De cien provincias, que cual ley suprema
Adoraban tu voz, ¿callas ahora?
¿Adónde están el cetro, la diadema,
La augusta majestad que te adornaba?
«No hay majestad para quien vive esclava
Ya la espada homicida
En mí sus filos ensayó primero.

Allí cayó mi juventud sin vida:
Yo, atada al yugo bárbaro de acero,
Exánime suspiro,
Y aire de muerte y de opresión respiro.»
¡Ah! respira más bien aura de gloria.
¡Oh corona de Iberia! Alza la frente,
Tiende la vista; en iris de bonanza
Se torna al fin la tempestad sombría.
¿No oyes por el oriente y mediodía
De guerra y de matanza
Resonar el clamor? Arde la lucha,
Retumba el bronce, los valientes caen,
Y el campo, de humor rojo hecho ya un lago,
Descubre al mundo el espantoso estrago.

Así sus llanos fértiles Valencia
Ostenta, así Bailén, así Moncayo;
Y es fama que las víctimas de Mayo
Lívidas por el aire aparecían;
Que a su alarido horrendo
Las francesas falanjes se aterraban;
Y ellas, su sangre con placer bebiendo,
El ansia de venganza al fin saciaban.
Genios que acompañáis a la victoria,
Volad, y aperebid en vuestras manos
Lauros de Salamina y de Platea,
Que crecen cuando lloran los tiranos.

De ellos ceñido el vencedor se vea
Al acercarse al capitolio íbero:
Ya llega, ¿no le veis? Astro parece
En su carro triunfal, mucho más claro
Que tras tormenta el sol. Barred las calles
De ese terror que las yermaba un día;
Que el júbilo las pueble y la alegría;
Los altos coronad, henchid los valles,
Y en vuestra boca el apacible acento,
Y en vuestras manos tremolando el lino,
«Salve, exclamad, libertador divino,
Salve,» y que en ecos mil lo diga el viento,
Y suba resonando al firmamento.

Suba, y España mande a sus leones
Volar rugiendo al alto Pirineo,
Y allí alzar el espléndido trofeo,
Que diga: «Libertad a las naciones.»
Tal es, ¡oh pueblo grande! ¡Oh pueblo fuerte!
El premio que la suerte
A tu valor magnánimo destina.
Así resiste la robusta encina
Al temporal; arrójanse silvando
Los fieros huracanes,
En su espantoso vértigo llevando
Desolación y ruina; ella resiste.
Crece el furor, redoblan su pujanza,
Braman, y tiembla en rededor la esfera
¿Qué importa que a la verde cabellera
Este ramo y aquel falte, arrancado
Del ímpetu del viento, y luego muera?
Ella resiste; la soberbia cima
Más hermosa al Olimpo al fin levanta,

Y entre tanto meciéndose en sus hojas,
Céfiro alegre la victoria canta.

ARIADNA

(Se supone a Ariadna sentada en una actitud profundamente triste sobre una peña a la orilla del mar: a un lado una tienda, a otro un gran peñasco que se encorva sobre las aguas)

¡Nadie me escucha!... ¡Nadie!... El eco sólo,
Eterno compañero
De este silencio lóbrego, responde
A mi agudo clamor, y mudamente
Mi mal aumenta y mi dolor presente.
¿Y es aquesto verdad? ¿Pudo Teseo
Sin mí partir, y pudo
Desampararme así?... ¡Pecho de bronce,
De todo amor y de piedad desnudo!
¿Qué te hice yo para tan vil huida?
Le vi, le amé; mi corazón, mi vida,
Toda yo suya fui, toda... El ingrato,
¿Qué no me debe?... Encadenado llega
A la cretense playa,
Destinado a morir: su sangre odiosa
Al monstruo horrible apacentar debía,
Que en la prisión del laberinto erraba.

¿Qué hubiera él sido sin la industria mía?
Entra, combate, vence, y coronado
De nueva gloria se presenta al mundo.
Esto era poco: enfurecida y ciega,
Frenética después, mi hogar, mi padre,
Todo lo olvido a un tiempo, y me confío
Al amable impostor, enajenado
Con su halago y su amor mi tierno pecho;
¡Falso amor, falso halago! ¿Qué se han hecho
Pasión tan viva y perdición tan loca?
Yo lloro aquí desesperada en tanto
Que el pérfido se ríe
De mi amor lamentable y de mi llanto.

Pero no; ¿cómo es posible
Que tan deliciosos lazos
Así los haga pedazos

Una horrenda ingratitud?
(Levántase exaltada hacia la tienda.)
¡Ah! no es posible. ¡Oh lecho! tú que has sido
Testigo de mi gloria y mi contento,
Vuélveme al punto el bien que en ti he perdido.
¡Así mientras sus labios me halagaban,
Y en tanto que sus brazos me ceñían,
Ya allá en su pecho las traiciones viles
Este lazo fatal me preparaban!
¡Oh unión inconcebible
De perfidia y placer! ¡con qué, engañoso
Puede ser el halago, y la ternura
Lleva tras sí maldad y alevosía!

Yo triste, envuelta en la inocencia mía,
Al delirio de amor me abandonaba.
Tú sabes cuál mi seno palpitaba,
Tú viste cuál mi sangre se encendía,
Y cómo de su boca engañadora
Deleite, amor y perdición bebía.
Dos ayer éramos,
Y hoy sola y mísera
Me ves llorando
A par de ti.
Mira estas lágrimas,
Mírame trémula,
Donde gozando
Me estremecí.
¿Qué se hizo el pérfido?
Mi angustia muévate,
Y haz que volando
Torne hacia mí.

Vuelve, adorado fugitivo, vuelve,
Yo te perdono. El ardoroso llanto
Que ora inunda mi rostro y me le abraza,
Enjugarás; reclinaré en tu pecho
Mi atormentada frente, y aplicando
Tu mano al corazón, verás cuál bate
De anhelo palpitante y de alegría.
Mas ¡oh mísero y ciego devaneo!
Mientras imploro al execrable amigo,
Lleva el viento consigo
Mi gritar, mi esperanza y mi deseo.

¡Y esto, oh dioses, sufrís! ¡Y va seguro

Y contento el perjuro
Por medio de la mar, que le consiente
Sin abrirse y tragarle!... ¡Oh tú, divino
Astro del el aro día, sol luciente,
Sagrado autor de la familia mía!
Mira el trance terrible a que he venido
Mírame junto al mar volver llorando
La vista a todas partes, y en ninguna
Asilo hallar a mi fatal fortuna
Mírame perecer sin un amigo
Que dé a mi suerte lamentable lloro.

¿Donde, dónde volverme? ¿A quién imploro?
«Muerte, no hay medio, muerte; «este es el grito
Que por do quiera escucho; ésta la senda
Que encuentro abierta a mi infelice suerte.
Brama el mar, silva el viento, y dicen: «Muerte.»
Y muerte hallaré yo... Las ondas fieras
Que senda amiga al seductor abrieron,
Me la darán... ¡Qué horror! Un sudor frío
Baña mi triste frente, y el cabello
Se eriza... Sí... Las veo;
Las furias del averno me arrebatan
Tras de sí a fenecer... Voy desgraciada
Víctima del amor...

...¡Ah! ¡Si el ingrato
Presente ahora a mi dolor se hallara,
Quizá al verme llorar también llorara!
¡Más no, mísera! Muere; el mar te espera,
El universo te olvidó, los dioses
Airados te miraron,
Y sobre ti, cuitada, en un momento
El peso de su cólera lanzaron.
¡Oh qué triunfo tan bárbaro y fiero!
Avergüénzate, cielo tirano,
avergüénzate, o dobla inhumano
Mi tormento y tu odioso rencor.
¿Dudo? ¿Temo? ¿A qué atiendo? ¿Qué espero?.
Dame ¡oh mar! en tu seno un abrigo,
Y las ondas escondan conmigo
Mi infortunio, mi oprobio y mi amor.
(Arrójase al mar.)

A GUZMÁN EL BUENO

Ya con lira sonora
Himnos di a la beldad hija del cielo,
Y a amor cante que sin cesar la adora;
Mas ¿cómo al fin mi generoso anhelo
Podrá exaltarse de la hermosa fama
Hasta el templo inmortal? Ella me llama,
Y ya en mi pecho hierve
El canto de loor, sin que mis ojos
En esta sirte miserable vean
El grande objeto que ensalzar desean.
¿Cantara yo las haces españolas
En Pirene temblando al eco horrendo
Con que Mayorte en rededor rugía?
¿O a las naves británicas huyendo
Nuestra mísera escuadra entre las olas,
Amedrentadas ya con su osadía?
No, España, patria mía;
No son eternas, no, las torpes huellas
Que de tu noble frente
Empañan el honor; tú en otros días,
Con victorioso patriotismo bellos,
De gloria ornada y esplendor te vías.
¡Ah! ¿por qué yo infeliz no nací en ellos?
Entonces los Alfonsos esforzados,
El hijo de Jimena y gran Rodrigo,
Rayos horribles de la gente mora,
Con sus nervudos brazos no cansados
Desolación del bárbaro enemigo
Eran siempre en la lid espantadora.
¿Quién diera a mi deseo
Tantos lauros contar? Cada llanura
Fue campo de batalla,
Cada colina vencedor trofeo
Los sitios mismos que el baldón miraron,
Miraron la venganza, y las afrentas
En torrentes de sangre se lavaron.
«Venid, venid, el árabe decía,
Volad, hijos de Agar; ya los esclavos
El yugo intentan sacudir que un día
En su arrollado cuello
Vuestro valor indómito cargara.
¿Lo sufriréis? Las naves aprestemos
Y el ancho valladar con que el destino
La Europa y Libia dividió salvemos.

Venid, venid; que nuestra fiera saña
Estremecida España
Sienta otra vez; acometed, y abiertas
De Calpe y de Tarifa os son las puertas.»
Mas no las puertas de Tarifa entonces
Al pérfido Julián obedecían;
El valor y el honor las defendían;
El honor y el valor que siempre fueron
Escudo impenetrable el más seguro.
¿Qué sin ellos valer el alto muro
Ni el grueso torreón jamás pudieron?
El hombre es sólo quien guarnece al hombre.
¡Oh pueblo numantino!
¡Oh sagrada ciudad de alto renombre!
¿Quién sino tu constancia te ceñía
Cuando las olas del poder romano
Sobre ti vanamente se estrellaban,
Y sus feroces águilas temblaban?
Tal Guzmán impertérrito defiende
La fortaleza en donde
Quebrada el moro su pujanza vía;
Que ataca en vano, y de furor se enciende,
Y truenas, al fin, con la espantable saña
De nube que se rompe
Con estruendo fragoso en la montaña.
«¿Así será que la esperanza mía
Un hombre solo a contrastar se atreva?
Oye, Guzmán: las leyes del destino
Esta prenda infeliz de tus amores
A mi venganza dieron:
Hijo es tuyo, ¿le ves? Si en el momento
Ante mis pies no allanas
La firme valla del soberbio fuerte,
Tú, que le diste el ser, tú le das muerte.»
Así la Iniquidad habla a la tierra,
Cuando, de orgullo y de poder henchida
Mueve a los hombres espantosa guerra.
¡Oh! ¡no tembléis! Magnánima a su encuentro
La virtud generosa se levanta,
Y sus soberbios ímpetus quebranta.
Ella elevó a Guzmán; de ella inspirado,
«Conóceme, tirano, respondía;
Y si es que espada en tu cobarde mano
Falta a la atrocidad, ahí va la mía;
Que yo consagro mi inocente hijo
Sobre las aras de mi patria amada.»

Esto sereno dijo,
Y arroja al campo la fulmínea espada.
Y estremécese el campo, y da un gemido
Al vacilar la víctima, do esconde
Su punta aguda el inclemente acero.
Calpe con gritos de dolor responde
Al grito universal, y del guerrero
También la faz valiente
Brotando riega involuntario el llanto.
¡Ah! tú padre de España eras primero;
Mira cuál ella la segura frente
Alza y su numen tutelar te aclama;
Mira a tu gloria despertar la fama,
Que, sus doradas alas desplegando
Y sonando la trompa refulgente,
Los grandes ecos de tu nombre envía
Del norte al mediodía,
Del templo de la aurora al occidente.
Y esta soberbia aclamación oyendo,
De horror y espanto el berberisco herido,
Huye al mar confundido,
Entre sollozos trémulos diciendo:
«Huyamos ¡ay! a nuestra ardiente arena.
¿Cómo arrancar la tímida paloma
Podrá su presa al águila valiente
Del aire vago en la región serena?
Quiébrase el cetro a la africana gente,
Su trono se hunde, y la cruel venganza
Del godo vencedor, estrago y ruina
Contra el ceno del África fulmina.»
Así temblando el musulmán huía
Del español guerrero,
Que sobre él centellando revolvía.
Bien como cuando su valor primero,
Sorprendido, el león pierde, y se amansa,
Y en sí el oprobio de servir consiente.
¿Cómo a tan vergonzoso vituperio
La generosa frente
Pudo ya doblegar? ¿Do fue el espanto
Que dio a la selva atónita su imperio?
¿Nació quizá para vivir esclavo?
No, que llega su vez, y ardiendo en ira,
Rompe, y se libra, y con feroz semblante
Del vil ultraje a la venganza aspira,
Bañando en sangre las atroces manos;
Y ruge, y amedrenta a sus tiranos.

(1800.)

LA DANZA

(Cintia.)

¿Oyes, Cintia, los plácidos acentos
Del sonoro violín? Pues él convida
Tu planta gentilísima y ligera;
Ya la vista te llama,
Ya en la dulzura del placer que espera
El corazón de cuantos ves se inflama.
¿Quién ¡ay! cuando ostentando
El rosado semblante
Que en pureza y candor vence a la aurora,
Y el cuello desviando
Blandamente hacia atrás, das gentileza
A la hermosa cabeza
Reposada sobre él; quién no suspira,
Quién al ardor se niega
Que bello entonces tu ademán respira?
¡Con qué pudor despliega
De su cuerpo fugaz los ricos dones,
La alegre pompa de sus formas bellas
Vaga la vista embelesada en ellas;
Ya del contorno admira
La blanda morbidez, ya se distrae
Al delicado talle do abrazadas
Las gracias se rieron,
Y su divino ceñidor vistieron.
Ya, en fin, se vuelve a los hermosos brazos
Que en amable abandono,
Como el arco de amor, dulces se tienden;
¡Ay! que ellos son irresistibles lazos
Donde el reposo y libertad se prenden.
¡Oh imagen sin igual! Nunca la rosa,
La rosa que primera
Se pinta en primavera,
De Favonio al ardor fue tan hermosa;
Ni así eleva su frente la azucena,
Cuando, de esencias llena,
Con gentileza y brío
Se mece a los ambientes del estío.
Suena, empero, la música, y sonando,

Ella salta, ella vuela: a cada acento
Responde un movimiento, una mudanza
Vuelve siempre a un compás; su ligereza
De belleza en belleza
Vaga voluble, el suelo no la siente.
Bella Cintia, detente;
Mi vista, que te sigue,
¿No te podrá alcanzar? ¿Nunca podría
Señalar de tus pasos
La undulación hermosa,
La sutil graduación? Cuando suspiro
Al fenecer de un bello movimiento,
Otro más bello desplegar me miro.
Así del iris, serenando el cielo
Con su gayado velo,
En su plácida unión son los colores;
Así de amable juventud las llores,
Do, si un placer espira,
Comienza otro placer. Ved los amores
Sus mudanzas siguiendo
Y las alas batiendo,
Dulcemente reír: ved cuán festivo
El céfiro, en su túnica jugando,
Con los ligeros pliegues
Graciosamente ondea,
Y él desnudo mostrando,
Suena y canta su gloria y se recrea;
Y ella en tanto cruzando
Con presto movimiento,
Se arrebatada veloz: ora risueña
En laberintos mil de eterno agrado
Enreda y juega la elegante planta;
Alta ora levanta
Su cuerpo gentilísimo del suelo,
Batiendo el aire en delicado vuelo.
Huye ora, y ora vuelve, ora reposa
En cada instante de actitud cambiando,
Y en cada instante ¡oh Dios! es más hermosa
Atónita mi mente es conmovida
Con mil dulces afectos, y es bastante
Un silencio elocuente a darles vida.
Mas ¿qué valen las voces
A par del fuego y la pasión que inspiran
En expresión callada
Los negros ojos que abrasando miran?
¿A par de la cadena

Que, o bien me da de la amorosa pena
El tímido afanar, o en ella veo
La presta fuga del desdén que teme,
O el duelo ardiente del audaz deseo?
¡Salud, danza gentil! Tú, que naciste
De la amable alegría,
Y pintaste el placer; tú, que supiste
Conmover dulcemente el alma mía,
De cuadro en cuadro la atención llevando,
Y dando el movimiento en armonía.
Así tal vez de la vivaz pintura
Vi de la antigua fábula animados
Los fastos respirar. Aquí Diana,
De sus ninfas seguida,
Al ciervo en raudo curso fatigaba,
Y el dardo volador tras él lanzaba;
Allí Citeres presidiendo el coro
De las gracias rientes,
Y a amor con ellas en festivo anhelo,
Y en su risa inmortal gozoso el cielo;
El trono más allá cercar las horas
Del sol, miraba en su veloz carrera,
Y asidas deslizándose en la esfera,
Vertiendo lumbre iluminar los días.
¡Oh Cintia! tú serías
Una de ellas también, tú, la más bella;
Tú, en la que brilla la rosada aurora;
Tú, la agradable hora
Que vuelve en su carrera
La vida y el verdor de primavera;
Tú, la primera los celestes dones
Dieras al hombre de la edad florida;
Volando tú, rendida
La belleza inocente,
Palpitara de amor; y tú serías
La que, bañada en celestial contento,
Del deleite el momento anunciarías.
¡Oh hija de la beldad, Cintia divina!
La magia que te sigue
Me lleva el corazón; cesas en vano,
Y en vano desapareces, si aún en sueños
Mi mente embelesada
Tu imagen bella retratar consigue
La magia que te sigue
Me lleva el corazón: ya por las flores
Mire veloz vagando

La mariposa, o que la fuente ría,
De piedra en piedra dando,
O que bullan las auras en las hojas;
Do quier que gracia y gentileza veo,
«Allí está Cintia,» en mi delirio digo,
Y ver a Cintia en mi delirio creo.
Así vive, así crece
Por ti mi admiración, y arrebatada,
No te puede olvidar. Ahora mi vida
Florece en juventud. ¿Cómo pudieran
No suspenderla en inefable agrado
Tanta y tanta belleza que ya un día
Soñaba yo en idea,
Y en ti vivas se ven? Vendrán las horas
De hielo y luto, y la vejez amarga
Vendrá encorvada a marchitar mis días;
Entonces ¡ay! entre las penas mías
Tal vez en ti pensando,
Diré: «Vi a Cintia;» y en aquel momento
Las gracias, la elegancia,
Las risas, la inocencia y los amores
A halagarme vendrán; vendrá tu hermosa
Imagen placentera,
Y un momento siquiera
Mi triste ancianidad será dichosa.

A UNA NEGRITA

(Protegida por la duquesa de Alba.)

En vano, inocente niña,
Cuando viniste a la tierra
Tu tierno cutis la noche
Vistió de sus sombras negras,
Y en vez del cabello ondeado
Que sobre la nieve ostentan
De su garganta y sus hombros
Las graciosas europeas,
A ti de crespas vedijas
Ensortijó la cabeza,
Que el ébano de tu cuello
A coronar jamás llegan.
¿A qué la risa en tus labios,
Y en tus ojos la viveza,

Y la gentil travesura
Con que la vista recreas,
Para arrancarte y traerte
De las áridas arenas
De la Libia a estos países,
Entre gentes tan diversas?
Allí vivió tu familia,
Allí crecer tú debieras,
Y allí en la flor de tus años
Tus dulces amores fueran.
Todo se trocó: los hombres
Lo agitan todo en la tierra;
Ellos a la tuya un día
La esclavitud y la guerra
Llevaron, la sed del oro,
Peste fatal; su violencia
Hace que los padres viles
Sus míseros hijos vendan.
¡Bárbara Europa!... Tú, empero,
Desenfadada y contenta,
Con dulce gracejo ríes
Y festiva traveséas.
¿Cómo así? ¿Piadoso el cielo
Se dolió de tu inocencia
Cuando te miró en el mundo
De todo amparo desierta,
Y te concedió a ti sola
Lo que a tantos otros niega,
El olvidar sus desdichas,
Y alguna vez no saberlas?
«¿Yo desdichada? No, huésped:
Contéplame bien, contempla
Mi fortuna, y en envidia
Trocarás esas querellas.
Esclava fui, ya soy libre;
La mano que me sustenta
Miró con horror mi ultraje
Y quebrantó mis cadenas;
La misma que tantas almas
Esclavizó a su belleza,
Y cuyos ojos, si miran,
No hay corazón que no venzan.
Patria, familia y cariños
Me robó la suerte adversa;
Cariños, familia y patria
Todo lo he encontrado en ella.

Mira el maternal esmero
Con que ampara mi flaqueza,
Y la incansable ternura
Con que mi ventura anhela.
Cuando risueña me llama,
Cuando consigo me lleva,
Cuando en su falda me halaga,
Cuando amorosa me besa,
Tal hay que trocara entonces
Por mi humildad su soberbia,
Y por mi atezada sombra
Sus bellos colores diera.
Excusa pues de decirme
Que desdichada me crea:
¿Yo desdichada? No hay nadie
Que pueda serlo a par de ella.»
¡Oh bien hayan tus palabras!
¿Con que no siempre se cierran
Del poderoso en el templo
A la humanidad las puertas?
Crece, dulce criatura,
Vive, y monumento seas
Donde de tu amable dueño
Las alabanzas se extiendan;
Monumento más hermoso
Que el que a la vista presentan
Los soberbios obeliscos,
Las pirámides eternas.
Así tal vez arrancada
Vi de la materna cepa
Con la agitación del cierzo
La vid delicada y tierna,
Y a los firmes pies llevada
De la palma que descuella
Levantando por los aires
Su bellísima cabeza;
Allí piedad, allí asilo,
Allí dulce arrimo encuentra,
Allí sus vástagos crecen
Y su verdor se despliega.
Ella al generoso apoyo
Con lazo amante se estrecha;
Y el viento dando en sus hojas,
Himnos de alabanza suena.

A Fileno

(Consolándolo en una ausencia)

A par con mi amistad id, versos míos,
Id a Fileno, en cuyo pecho ahora
La hiel ingrata del dolor se ceba.
Él al fijar en vos sus tristes ojos
Exclamará tal vez: «Viva en mi amigo
Mi memoria es aún, viva en su seno
Late la compasión. Sierras fragosas,
Llanos inmensos, presurosos ríos
Le separan de mí, y enternecida,
De allá tan lejos su oficiosa mano
A embalsamar mis lágrimas se tiende.»

Llora, Fileno, llora: este consuelo
Señaló ya el destino a la amargura
Cuando en un tierno corazón se anida.
Yo lloraré contigo; aún en mi oído
Suenan los tristes dolorosos ayes
Que al partirse tu bien al viento dabas;
Te miro aún que, palpitante, opreso
Del congojoso afán, vuelves los ojos
Al sitio mismo en que arrancar la viste
De la rápida rueda, que sonando,
Tu pecho aún más que el pavimento hería.
«Ella se va», con falleciente labio
Hondamente exclamaste; y repitiendo
El eco: «Ella se va,» de amargo luto
Tu desolado corazón llenaba.

¡Oh momento cruel! Huyen entonces
La risa alegre y el festivo gozo
Del amante infeliz, huye el deleite
Que le inflamaba. En tan inmenso duelo,
¿Do su vista mover? ¿Hacia qué parte
Sus pasos llevará? Sólo un vacío
Mira, que el mundo en su tropel ruidoso
Ni llenó ni encubrió. ¿Dónde el halago?
¿Dónde el grato mirar? ¿Dónde los juegos?
Aquel continuo querellarse, aquellas
Iras dulces de amor, nubes suaves
Que su serena faz tal vez cubrían,
Y a deliciosa paz luego tornaban...

Todo huyó, todo fue: pasa un momento,
Llega el siguiente, y el dolor tan solo
Con su amarga lazada es quien los une.
Volaban antes las fugaces horas,
Volaban, y a par de ellas el deseo
Avivaba su ardor; tras él venía
La esperanza feliz vertiendo flores,
Y de ilusiones mágicas ornada;
Coronábala el goce, y luego el curso
De afán tan delicioso renacía;
Ansiábase otra vez, y se esperaba
Y se gozaba. ¡Ay Dios! Ya ¿qué le resta?
Amar, penar, gemir: tal su destino,
Tal es su triste y perdurable empleo.

¿Y qué? ¿Cerradas al ausente fueron
De un consuelo feliz las sendas todas?
No, amigo, no: si en tu aflicción amarga
Te tienes por el ser más infelice
De los que inflama amor, corre a la selva,
Corre, y en ella la frondosa cima
Deu un álamo verás alto y pomposo
Que aquel recinto de verdor corona
Y entre sus frescos y gallardos ramos
Contempla el nido desolado y yermo
Que fue altar de placer, y ora es de llanto.
Dos tórtolas en él... ¿Quién compasivo
No lamentó su desastrada suerte?
Brilló el color del cielo en su plumaje,
Y el fuego del amor ardió en su seno.
Juntas las miró el sol, juntas la noche.
Juntas volar a su cristal la fuente,
Juntas el valle; el eco embebecido
Su arrullo enamorado redoblaba.
Y al fin llegó la hora fatal: salieron,
Y sus ligeras alas desplegaron.
Infelices, ¿do vais? Torced el vuelo,
En el bosque no entréis; y no me escuchan;
Y siguiendo inocentes su camino,
Dulces besos se dan, y amantes juegan.
Y de repente, al espantoso estruendo
De la tronante pólvora silvando,
Salió el plomo mortífero; un gemido
Dio el viento en derredor; volvió los ojos
Azorada la tórtola a su amado,
Que abierto el bello seno y moribundo,

La miró y espiró. «Cayó», gritaba
Bárbaro el cazador, cayó; y en tanto
Huye, y huyendo la infelice viuda,
Hiende la esfera en lastimosos gritos.
Y ronca y sorda de gemir, su vuelo
Lejos allá sentó, do triste y sola,
Ningún viviente su dolor distrae;
La muerte implora allí, la muerte airada
Se niega a su clamor, y envenenado
El curso puro de sus dulces días,
Los vive en llanto y sempiterno luto.
¡Mísera! que al destino ni aún es dado,
Con ser tan poderoso, devolverle
Su malogrado bien. ¡Oh! ¿Qué es la ausencia,
Qué son los breves límites que ahora
A ti te parten de tu bien, Fileno;
Límites que traspasan los suspiros,
Y por do hienden del amor las alas,
Con ese eterno y lóbrego silencio,
Con ese abismo impenetrable y hondo
Que hay del ser al no ser, que hay de la vida
Al sueño helado de la tumba oscura?

Y al fin, en pena tal, si amargo el duelo,
Si es inmenso el afán, llorase entonces
Un corazón donde el amor ardía;
Que el pecho entonces resonando en ayes,
Sobre él su trono la tristeza asiente,
Si, justo es el dolor, pene el amante,
Pene, y en llanto funeral inunde
Del bien perdido las cenizas frías.
Mas cuando al tierno amor asaltan fieros
El puñal del desprecio, la ponzoña
de la doblez, los hielos del olvido,
¡Triste mil veces, triste el miserable
Que a tales plagas condenado gime!
¿Quién fue el tigre cruel, quién fue el ingrato
Que un sentimiento tan hermoso y puro,
Al hombre dado en el amor del cielo,
Con ellas corrompió? Del negro abismo
Se desataron a infestar la tierra,
A marchitar de la beldad las rosas,
A desmayar la juventud. Entonces
Cuantas las flores de esperanza fueron,
Tantos cuchillos de dolor se clavan.
Ama, y ¡quién lo creyera! su tormento

Más grande es el amar; la llama ardiente,
A pesar de su afán, crece en su seno;
Y devora y abrasa, y sus entrañas
Con insano furor vuelve en pavesas.
¡Oh lastimoso y miserable estado,
Do de continuo el corazón se lleva
De la rabia al dolor! Nunca la aurora
Le hallará al despertar embebecido
Ya en la memoria del placer pasado,
Ya en la esperanza del placer que viene.
Duerme agitado, empero, y despertando,
Siente la hiel que le atosiga, y llora
De viva afrenta y de vergüenza En vano
Mueve la planta a huir; ¿podrá el mezquino
De sí mismo escapar? Honda en el seno
La enarbolada flecha trae consigo,
Y mientras huye más, más se la clava;
Que si el olvido al parecer despliega
Su suspirado velo, y un momento
Cesa el afán, ¡ay si los ojos miran
La tirana beldad que antes ansiaron
Hinchase el corazón, el pie vacila,
Y a andar se niega; por sus miembros todos,
Que la vida abandona, un sudor frío
Vaga y triste temblor; turbios los ojos
Y en ronco son zumbando los oídos,
Ni ve ni escucha; la profunda llaga
A abrirse torna con furor, y en ella
Se dilata el raudal de la amargura.
¡Piedad del infeliz! ¿Su resistencia
Ha de ser por demás? Si de su pecho
Quiere arrancar tal vez la bella imagen
Que amor grabó con su buril de llama,
¿En vano esfuerzo la impotente mano
Desgarrará su corazón y entrañas,
Y quedará inviolable entre despojos
Allí reinando el ídolo sangriento?
Más valiera no amar; sí, más valiera,
Cual se huye el silvo de engañosa sierpe,
Esquivar la beldad, y a sus halagos
Con bronce duro amurallar el pecho.

Amor, terrible amor, yo, que en tributo
Te di el abril de mis floridos días,
Y tantas veces adorné tu pompa,
Detrás del carro triunfador traído;

Yo sé que a tu violencia y tus furoros
Nada puede bastar; sé que mi pecho,
Bien como el hielo se deshace en agua
De Febo al rayo en el ardiente estío,
Tal se deshace al contemplar la risa
De una boca rosada, al ver los orbes
De un seno que palpita, al ver los ojos
Que halagüeños mirando centellean.
¿Cómo a tal prueba resistir podría
Tan flaco luchador? Días si otro tiempo
Llega en que torne a obedecer tus leyes,
Leyes de vida y de esperanza sean,
No de engaño o desdén. Contento entonces,
Rosas suaves me serán tus grillos,
Y adorno al cuello el ponderoso yugo.

Doy que, envidioso a mi ventura el cielo,
Me arranque entonces de mi bien, y airado
Doy que me esconda en el opuesto polo.
Yo lloraré, pero amaré mi llanto
Y amaré mi dolor. ¿Podrá la suerte
La memoria cegar? Siempre al oído
Me halagará sonando el blando acento
De la divina voz, cuando amorosa
Por la primera vez se dijo mía.
Mis labios luego el delicioso néctar
Renovarán que de su fresca boca
Mi amor libara en los primeros besos.
Lejos de ella estaré; pero anhelante
Preguntaré a los céfiros que vuelan,
preguntaré a los ecos que responden;
Y acordes todos me dirán: «Te adora.»
Lejos de ella estaré; más lleno de ella
Saldré a los campos, y embebido y solo
En cada flor contemplaré su imagen;
Que también ella es flor. Las ondas puras
Del plácido arroyuelo en sus remansos
Me la darán; me la dará la noche
En su faz melancólica y sombría,
En su fulgor hermoso las estrellas,
En su ilusión dulcísima los sueños.

Tú así también de tu dichoso tiempo
Podrás, Fileno, renovar la gloria:
Busca la soledad, ella en sus brazos
Dio siempre al triste favorable asilo;

Y dulce y melancólica, en su seno,
Renovando memorias deleitosas,
Templará tu amargura. Huye la vista
De esos hombres de mármol, que crueles
A los suspiros del dolor se cansan
O con mofa sacrílega le siguen;
fluye de ellos, en tanto que tu amigo
Alas le pide a la amistad, y vuela,
Y llega, y estrechándote a su pecho,
El raudal de tus lágrimas mitiga.

AL COMBATE DE TRAFALGAR

No da con fácil mano
El destino a los héroes y naciones
Gloria y poder: la triunfadora Roma,
Aquella a cuyo imperio
Se rindió en silenciosa servidumbre
Obediente y postrado un hemisferio,
¡Cuántas veces gimió rota y vencida
Antes de alzarse a tan excelsa cumbre!
Vedla ante Aníbal sostenerse apenas
Sangre itálica inunda las arenas
Del Tresin, Trebia y Trasimeno ondoso;
Y las madres romanas,
Como infausto cometa y espantoso,
Ven acercarse al vencedor de Canas.
¿Quién le arrojó de allí? Quién hacia el solio
Que Dido fundó un tiempo, sacudía
La nube que amagaba al Capitolio?
Quién con funesto estrago
En los campos de Zama el cetro rompe
Con que leyes dio al mar la gran Cartago?

La constancia: ella sola es el escudo
Donde el cuchillo agudo
La adversidad embota; ella convierte
En deleite el dolor, la ruina en gloria;
Ella fija el dudoso torbellino
De la fortuna, y manda la victoria
Para el pueblo magnánimo no hay suerte.
¡Oh España! ¡Oh patria! El luto que te cubre
Muestre en tan grave afán tu amarga pena;
Pero espera también, y con sublime

Frente, de vil abatimiento ajena,
La alta Gades contempla y sus murallas
Besadas por las olas,
Que asombradas aún y enrojecidas
Tiéndense allí por las sonantes playas,
Cantando las hazañas españolas.

Se alzó el bretón en el soberbio alcázar
Que corona su indómito navío,
Y ufano con su gloria y poderío,
«Allí están, exclamó; volved los ojos,
Compañeros, allí: nuevos despojos
Ya vuestra invicta mano
Ya a conseguir en los endeble pinos
Que España apresta a su defensa en vano.
Libre de esclavitud no sea ninguno
Hijos somos nosotros de Neptuno,
¿Y ellos asan surcar el Océano?
Acordaos de Abukir: sólo un momento
¡Llegar, vencer y devorarlo sea!
Dadme este triunfo, y de laurel ceñido
Que el opulento Támesis me vea.»

Dijo; y tiende la vela: ellos le siguen
Abriendo el mar con sus nadantes proras
Del viento y de las ondas vencedoras;
Mientras que firme el español los mira,
Y despreciando su arrogancia fiera,
El noble pecho palpitando en ira,
Con impávida frente los espera,
¡Ira justa! ¡Ardor santo! Esos crueles,
Bajo las alas de la paz seguros.
Son los que nuestra sangre derramaron
Por vil codicia, a la amistad perjuros;
Esos los que a perpetua tiranía
Condenaron el mar, los que hermanaron
Del poder la insolencia y la soberbia
Con la rapacidad y alevosía;
Esos... La noche con su negro manto
Envuelve el mundo: sombras espantosas
Entorno de los mástiles vagando,
Estragos, muerte anuncian, y acrecientan
La pavorosa espectación; el día
Abre el campo al furor, y horrendo Marte
Con clamores de guerra hinche la esfera
Y levanta en los aires su estandarte.

Responde a esta señal el hueco bronce,
Con mortal estampido el eco truena,
Y por el mar llevándose bramando,
Hasta en las costas de África resuena.
Vuelan, movidas de rencor, las naves
Con naves a encontrar: menos violentas
Despide el polo austral sierras de hielo,
Que con su mole inmensa y resonante
Por las fáciles ondas se deslizan,
Y al audaz navegante atemorizan
Ni con estruendo igual turban el cielo
Las negras tempestades,
Cuando por Bóreas y Euro embravecidas,
A su furiosa guerra y duro encuentro
Hacen del orbe estremecerse el centro.

Tres veces fiero el insular se avanza,
Creyendo en su pujanza
Romper de nuestra escuadra el fuerte muro;
Tres veces rechazado
Por el hispano esfuerzo, ya dudosa
Ve la victoria que esperó seguro.
¿Quién su despecho pintará y su saña
Cuando aquel pabellón, antes tan fiero,
Miró invencible al pabellón de España?
No hay saber, no hay valor, solo ya fía
Su fortuna al poder: dobla sus naves
Y las redobla, en desigual pelea,
De popa a proa, en uno y otro lado
Cada español navío
De mil rayos y mil es contrastado;
Y él, con igual aliento
Que recibe la muerte, así la envía.
No: si cien voces yo, si lenguas ciento
Me diese el cielo, a numerar bastara
Las ínclitas hazañas de aquel día:
El humo al sol se las robaba entonces;
Pero la fama las dirá en su trompa,
Las artes en sus mármoles y bronces.

Llega el momento en fin, tiende la muerte
Su mano horrible y pálida, y señala
Víctimas grandes: el valiente Alcedo,
Castaños, Móyua, intrépidos perecen
Vosotros dos también, honor eterno

De Bética y Guipúzcoa(2)... ¡Ah, si el destino
Supiese perdonar! ¿Cómo a aplacarte
La oliva no bastó que unió Minerva
A los lauros de Marte en vuestra frente?
¿Qué a vuestra ilustre indagadora mente
Pudo ocultar el mundo o las estrellas?
De vuestras sabias huellas
Llenos están de América los mares,
Las Cícladas lo están; viuda la patria
De tantos héroes que enlutada llora,
Pide a su corazón lágrimas nuevas
Que a vuestro acerbo fin derrame ahora.
¡Ah! ¡Vivierais los dos! Y en vez de llanto,
Del dolorido canto
Que mi fúnebre acento hoyos consagra,
Pudiera yo contraponer el pecho
Al golpe atroz y recibir la herida
Diera a la patria así mi inútil vida,
¡Y vivierais los dos! Y ella orgullosa
Con vuestra luz y espíritu valiente,
Al arduo porvenir hiciera frente,
De rayos coronado y victoriosa.

No, empero, sin venganza y sin estrago,
Generoso escuadrón, allí caíste
También brotando a ríos
La sangre inglesa inunda sus navíos;
También Albión pasmada
Los montes de cadáveres contempla,
Horrendo peso a su soberbia armada;
También Nelson allí... Terrible sombra,
No esperes, no, cuando mi voz te nombra,
Que vil insulte a tu postrer suspiro:
Inglés te aborrecí, y héroe te admiro.
¡Oh golpe! ¡Oh suerte! El Támesis aguarda
De las naves cautivas
El confuso tropel, y ya en idea
Goza el aplauso y los sonoros vivas
Que al vencedor se dan. ¡Oh suerte! El puerto
Solo le verá entrar pálido y yerto:
Ejemplo grande a la arrogancia humana,
Digno holocausto a la aflicción hispana

Así el furor de Marte
impele el brazo de la parca, y siega
Vidas sin fin: lanzado por la rabia

Cunde el fuego voraz, las tablas arden,
Un volcán encendido
Es cada bosque, por los aires vagos
Se alza y retumba el hórrido estallido,
Y los sepulta el mar. ¿Hay más estragos?
Sí; que el cielo, ominoso a tal porfía,
Manda a los aquilones inclementes
Separar los feroces combatientes
Y en borrascosa noche hundir el día.
Lo manda; ellos crueles,
Azotando las ondas con sus alas,
Se arrojan a los míseros bajeles.
Al nuevo asalto, al sin igual combate
Fallece el árbol trémulo y se abate;
Hiéndese la amazón, el Océano
Por el roto entrepuente entra bramando;
Y moribundo el español exclama:
«¡Ah! Pereciese yo, pero lidiando.»

En tan atroz conflicto
Allá en las nubes la gloriosa frente
Asomaban los fuertes campeones
Que armados del tridente y del acero
Al pabellón íbero
Hicieron humillarse las naciones.
Lauria y Tovar se vían,
Avilés y Bazán, que, saludando
A los héroes de Hesperia que morían,
«Venid entre nosotros, les decían;
Venid entre los bravos que imitasteis.
Ya el premio hermoso del valor ganasteis
Ya a vuestro ejemplo de constancia armada
España; concitando sus guerreros,
Magnánima se apresta a nuevas lides
Volved la vista a la ciudad de Alcides
Gravina, Escaño, y Álava, y Cisneros,
Y otros ciento allí están, firme coluna,
Dulce esperanza a nuestro patrio suelo:
Venid, volad al cielo,
Y sed astros de esfuerzo y de fortuna.»

A CÉLIDA

Hoy fue, ¡mísero! hoy fue cuando, irritado

Amor del ocio en que yacer me vía,
Tornó a embestir mi corazón cuitado.
Era de mayo el más hermoso día,
Cuando naturaleza ostenta ufana
Toda su gentileza y bizarría,
Cuando más vivo el sol reina en la esfera,
Cuando en ramos la selva, el campo en florea,
En perfumes el aire, donde quiera
Todo respira amor y manda amores.
Entonces fue cuando a los ojos míos
Se presentó mi dulce vencedora:
¡Oh cuán hermosa! El mundo parecía
Que, cuidadoso de aumentar su gloria,
De toda aquella pompa se vestía
Por festejar su triunfo y su victoria.
La vi, templé, me estremecí: vencido
Vi ya que iba a quedar de tanto halago;
Pero no pude huir: su blando acento
Hasta el seno mas hondo y escondido
Llegó del pecho, y completó el estrago.
Sacude al punto amor la abrasadora
Antorcha que arma su terrible mano
«Arde», me dijo; y la escondió encendida
Toda en mi corazón: «arde, esta llama
Que ora en ti prende, irresistible, inmensa,
Sea de hoy más el tormento de tu vida,
Y también tu delicia y recompensa.»

Ya un giro ha dado con su carro de oro
Desde entonces el sol al alto cielo,
Y no cesa un momento el vivo anhelo
Que me arrebatara tras la luz que adoro.
Crecen corriendo hacia la mar los ríos,
Crece amando mi amor. Célica hermosa,
¿Cómo es posible que inmortal no sea
Este puro, este noble sentimiento
Que todas mis potencias señorea
Y es de mi ser el único alimento?
Tú te inspiraste, sí: mi alma abatida,
Cubierta de aflicción, sintió volverse
Por ti del bien a la ilusión perdida;
Tú le inspiraste. ¡Oh Dios! ¿Qué no alcanzaba
En mi agitado pecho Y mis sentidos
Tu poder celestial? Cuando halagüeña
Tus miradas tal vez a mí volvías,
Iris eras de paz que deshacías

El tormentoso horror de mis dolores,
Y yo sin defenderme, cada día
Iba en tus ojos a beber amores,
Y en tu risa Y tu hablar me embebecía.

Encantos ¡ay! por siempre vencedores,
¿Qué importa que el destino a mis sentidos
Inhumano os esconda, si presentes
Siempre estáis a mi ardiente fantasía?
Aquí os tengo, aquí os miro, aquí os adoro
Aún me embelesa el sin igual decoro
Que siempre reina en la nevada frente;
Aún contemplo la púrpura del alba
Vertida en su mejilla trasparente;
Y respirando sin cesar, me creo
Aquella pura y encendida rosa,
Aquel precioso aroma de las flores
En la boca gentil, nido de amores,
Donde la amable discreción reposa.
Sólo ya un Dios la centellante lumbre
Del sol desprender pudo, y en despojos
Darla por siempre a los celestes ojos,
Ojos que cuanto ven ceniza harían
Sin su inefable y grata mansedumbre.
¡Dichoso aquel que sin cesar los vea!
¡Y más feliz quien de sus dulces rayos
Buscado, ansiado y regalado sea!
¿Dónde está, dilo, amor, el que presume
Gloria tan alta? ¡Ah Célida! Quien sepa
En esa faz tan nítida y tan bella
Buscar, hallar la imperceptible huella
Del triste afán que dentro te consume;
El que presente te respete, y llore
Por volver a tus pies cuando esté ausente,
Si siente al fin como mi pecho siente,
Ese te ame feliz, ese te adore.

Vientos, en vuestras alas vagorosas
Llevadle ardiendo los suspiros míos:
Id, veloces venid, y en cambio al menos
Un recuerdo traed. Si ella me oyera
Pidiéndola a los campos, a las selvas,
Y a los mares también; dando a los aires
Su dulce nombre, que repite el eco
Con el acento triste y lamentable
Con que le oye de mí; si ella me viera,

Fijos los pies en la sonante playa,
Tender la vista a descubrir de lejos
De sus divinas luces los reflejos,
Yo sé que, a tierna compasión movida.
Venir dejara hacia su triste amante
Un rayo al menos de esperanza y vida.

Paréceme a las veces que, sensible,
Compasiva a mi afán, este retiro
Viene a honrar con su vista, a hollar el prado,
A respirar el aire que respiro.
¡Dichoso entonces yo! Voy a su lado
Al bosque, al campo, a la apacible orilla
Del amansado mar; y si descansa,
También con ella a descansar me siento.
Del sol un árbol mismo nos defiende
Con su umbroso dosel, y de su acento
El sabroso raudal mi alma suspende.
No la hablo yo de amor, que amor la ofende
Pero a par de ella estoy, y absorto y mudo
Contemplo a mi placer de su hermosura
La delicada flor; flor que no pudo
Ni aun ajar del dolor la mano dura
Y enternecido, «¡Ah Célida! prorumpo,
Tú sufres: un destino inexorable
El bien que indignamente a otros prodiga
A ti te niega, y lleno de amargura,
El cáliz del dolor tu labio apura.
Yo así le apuro, idolatrada amiga,
Yo así le apuro: la inclemente mano
Del destino también a mí me oprime,
Y de un pesar recóndito y tirano

También mi pecho destrozado gime.
¿Temes acaso? ¿Por ventura ignoras
Que el cielo dio por bálsamo a las penas
Contarlas y llorar?... Célida hermosa,
No es más puro el albor de la mañana
Que lo es mi ardor, ni amó con mas ternura
El dulce hermano a su querida hermana,
El nuevo esposo a su inocente esposa.»
Digo así, y entre tanto a la frondosa
Selva baja la noche, el sol apaga
Sus rayos en el mar, tú te levantas,
Y tierna y melancólica a andar vuelves;
Yo tierno y melancólico te sigo,

Embebido, extasiado en la ventura
De andar, de hablar, de respirar contigo
Los céfiros entonces nos halagan
Con su grato frescor, y de las ondas
Sacan la frente las neréidas bellas,
Y nos saludan... ¡Ay! así otras veces
Nos vieron juntos ir, nos saludaban
Así las ninfas del undoso río
En cuya alegre y plácida ribera
Vi tu belleza por la vez primera
Y rendí a tus encantos mi albedrío.

Hierve en tanto a mi vista el mar, y el viento
Su seno agita y amenaza airado;
Hierve también con él mi pensamiento,
Y en raudos torbellinos arrebatado,
Vuelvo a ser de mis bárbaros pesares
A la antigua tormenta sacudido.
Ángel consolador. ¿dónde te has ido?
¿Qué has hecho de aquel bálsamo suave
Que sobre el triste corazón vertido,
Su acerba llaga mitigar solía?
Contrario el cielo a la ventura mía,
Me le robo, dejándome inclemente,
Con esta amarga soledad presente,
Recuerdos tristes de mi bien perdido.
Ángel consolador, ¿dónde te has ido?

AL MAR

Calma un momento tus soberbias ondas,
Océano inmortal, y no a mi acento
Con eco turbulento
Desde tu seno líquido respondas.
Cálmate, y sufre que la vista mía
Por tu inquieta llanura
Se tienda a su placer. Sonó en mi mente
Tu inmenso poderío,
Y a las playas remotas de occidente
Corrí desde el humilde Manzanares
Por contemplar tu gloria,
Y adorarte también, Dios de los mares.

Que ardió mi fantasía

En ansia de admirar, y desdeñando
El cerco oscuro y vil que la ceñía,
Tal vez allá volaba
Do la eterna pirámide se eleva
Y su alta cima hasta el Olimpo lleva.
Tal vez trepar osaba
Al Etna mugidor, y allí veía
Bullir dentro el gran horno,
Y por la nieve que le ciñe en torno
Los torrentes correr de ardiente lava,
Los peñascos volar, y en hondo espanto
Temblar Trinacria al pavoroso trueno;
Mas nada, ¡oh sacro mar! nada ansié tanto
Como espaciarme en tu anchuroso seno.

Heme en fin junto a ti: tu hirviente espuma
El alto escollo sin cesar blanquea
Do entre temor y admiración te miro.
Inquieto centellea
En tu cristal el sol, que al occidente,
De majestad vestido, huye y se esconde.
¿Dónde es tu fin? ¿En dónde
Mis ojos le hallarán? Con pie ligero
Tú te tiendes y corres, y llevado
Cual en las alas de aquilón sonante,
Mi espíritu anhelante
Te sigue al Ecuador, te halla en el polo,
Y endeble desfallece
A tanta inmensidad. ¿Te hizo el destino
Para ceñir y asegurar la tierra,
O en brazo aterrador a hacerle guerra?

¡Ay! que ese resonante movimiento
Me abate el corazón. Yo vi las mieses
Agitadas del viento
En los estivos meses,
Y dóciles y trémulas llevarse,
Y en seco son de su furor quejarse.
Vi el vértigo del polvo, y vi en las selvas,
Contrastados también los altos pinos,
Sacudirse y bramar; mas no este ciego,
Este hervir vividor, estas oleadas
Que llegan, huyen, vuelven,
Sin cansarse jamás: tiembla la arena
Al golpe azotador, y tú rugiendo
Revuélvete y sacudes

Una vez y otra vez: al ronco estruendo
Los ecos ensordecen,
Los escollos más altos se estremecen.

Cesa ¡oh mar! Cesa ¡oh mar! Ten, compasivo,
Piedad del flaco asiento
Que me sostiene exánime y pasmado.
¿No me oyes, no? ¿Y violento
Te ensoberbeces más? Ya desatado
El horrendo huracán, silva contigo.
¿Qué muralla, qué abrigo
Bastarán contra ti? Negras las olas
A manera de sierras se levantan,
Y en hondos tumbos y rabiosa espuma
Su furia ostentan y mi pecho espantan.
¿Llegó tal vez el día
En que, tras tanta guerra,
El paso vencedor des en la tierra,
Y bramando allá dentro, envuelvas ciego
Playas, imperios y hombres infelices,
Y al hondo abismo los sepultes luego,

Como cuando en tu vértigo espantoso
La Atlántica se hundió? Con fuerte mano
Las zonas todas de la tierra asidas,
Burlar pensaban tu furor, y en vano;
Que al golpe redoblado, impetuoso,
El eje poderoso
Se sintió vacilante, y estallando
Perdió su alto nivel: luchando entonces
Las ondas con las ondas se encontraron,
Y horrisonas cayeron,
Y el orbe estremecido desgarraron.
¿Do la región vastísima que un día
Desde Atlas a la América corría?
Destrozada, anegada, hoy solo dura
En la fragosa altura
Que de tanto furor salvó la frente
Dura ya solo en la memoria oscura,
Que lleva, ¡oh insano mar! de gente en gente
Los ecos voladores
De tu antigua violencia y tus horrores.

¡Y tanta fue del hombre la osadía,
Que los quiso arrostrar! Sube a los montes,
Y la tenaz porfía

De su mordaz segur humilla al suelo
Al cedro que resiste a las edades,
Al pino que se esconde allá en el cielo.
Gimieron ambos cuando, al mar lanzados,
En nadantes alcázares miraron
Trocar su antiguo ser y su destino,
Y al aire dando el vagoroso lino,
Los leves campos de cristal surcaron.
Adiós, amada playa; adiós, hogares:
El hombre audaz en la orgullosa popa
Os mira, os huye, y por los anchos mares
Al volver de las ondas se confía.
En vano el rumbo le negaban ellas;
Él le arrancó en el cielo
Al polo refulgente y las estrellas.

¿Qué pudo desde entonces
Negarse a su anhelar? Fiero y sañoso
El alto tormentorio amenazaba;
Con un mar de terror y proceloso
Las puertas del oriente defendía;
Mas vuela, rompe, y le sorprende Gama,
Y los hijos de Luso al punto hollaron
El golfo indiano y la mansión de Brama.
Colón, arrebatado.
De un numen celestial, busca atrevido
El nuevo mundo revelado a él sólo;
Y tres veces el polo
Ve al impávido Cook romper los hielos
Que a fuer de montes su rigor despide,
Descubriendo el secreto vergonzoso
Del yermo inmenso a que sin fin preside.
¡Gloria eterna a sus nombres! ¡Dadme rosas,
Dadme lauro inmortal que adorne y ciña
Sus frentes generosas!
Mirad la tierra a su divino esfuerzo
Enriquecerse toda, y mil tesoros
De su fecundo seno
Benéfica brotar; mirad la aurora
Unida al occidente,
Y al septentrión el sur. A este portento
Furioso el Océano,
Es fama que gritó: «¡Con que es en vano
Haber yo roto el orbe, y que, tendiendo
El valladar profundo
De mis terribles ondas,

Un mundo haya negado al otro mundo!»

¿Cómo después tan abundosa fuente
De amistad y de unión tornarse pudo
De estragos y violencias
Perenne manantial? Se alzó insolente
La vil codicia, y navegar con ella
Se vio el odio fatal en los navíos.
¿No era bastante, impíos,
Los vientos escuchar que en torno braman,
Los escollos temblar, mirar el cielo
Cubrirse todo de espantosas nubes
Y arderse en rayos, a los pies hirviendo
Sentir el mar sañudo,
Y una tabla sutil ser vuestro escudo;
Sin que a tan tristes plagas
Añadieseis también la plaga horrenda
De la guerra cruel? Ardiendo en ira
Ella cruza, ella agita, Y atronado
El ponto, en sangre enrojecer se mira.

Guerra: ¡bárbaro nombre! a mis oídos
Mas triste y espantoso
Que este mar borrascoso,
Tan terrible y atroz en sus rugidos.
¡Que no fuese yo un dios! ¡Oh cómo entonces
El horror que te tengo el universo
Te jurara también! Ondas feroces,
Sed justas una vez: ya que la tierra
Muda consiente que la hueste impía
De Marte asolador breme en su seno,
Vosotras algún día
Vengadla sin piedad: esas crueles,
Esas soberbias naos
Que, preñadas de escándalo y rencores,
Turban vuestro cristal con sus furores,
Del cielo y vientos contrastar se vean,
Y en ciego torbellino
Todas a un tiempo devoradas sean.
Tal vez así de la discordia el fuego
No osará profanar el Océano,
Tal vez el orbe dormirá en sosiego.

FRAGMENTOS DE UNA TRADUCCIÓN DEL PASTOR FIDO

I

Discurso de Linco a Silvio.

Dime: si en esta tan alegre y bella
Estación, que renueva el mundo todo,
Vieses, en vez de florecientes valles,
De verdes prados y vestidas selvas,
Estar el fresno y el abeto y pino
Sin su usada frondosa cabellera,
Sin verdura los prados,
Sin flores los collados,
¿No dijeras tú, Silvio: «El mundo ahora
Se marchita y desmaya»?
Pues la sorpresa y el horror que entonces
De tan extraña novedad tuvieras,
De ti mismo la ten: dionos el cielo
Vida y costumbres a la edad conformes;
Y así como el amor nunca conviene
A pensamientos canos,
Así la juventud de amor contraria
Contrasta al cielo, y a natura ofende.
Mira en torno de ti: ¿ves la hermosura
Que adorna, Silvio, el universo ahora?
Ella es obra de amor: ama la tierra,
Ama también el mar, aman los cielos:
Aquella que allí ves luciente estrella,
Del alba precursora,
Bella madre de amor, de amores muere,
Y enamorada luce y enamora:
Mírala envuelta en esplendor y en risa;
Quizás en este punto el dulce seno
Deja del caro amante y sus delicias.
En bosques y florestas
Aman las fieras, y en las ondas aman
Las orcas graves y el delfín ligero.
El pajarillo aquel que dulcemente
Canta y lascivo vuela
Ya del haya al abeto,
Ya del abeto al mirto,
Si espíritu tuviese y voz humana,
«Yo me abraso de amor,» exclamaría.
Mas bien lo siente y en su voz lo dice,
Que su amada le entiende; y le responde
«A mí el fuego de amor también me inflama.»

Brama el toro en el campo, y cuando brama,
Al blando juego del amor convida
El león en el bosque
Ruge, y aquel rugido
Es solo de su amor dulce gemido.
Todo, en fin, ama, ¡oh Silvio! ¡Y Silvio solo
En cielo, en mar y en tierra
Será alma sin amor ni sentimiento!
¡Oh! deja ya las selvas,
Simple zagal...

II

Aminta y Lucrina.

Te contaré la dolorosa historia
De nuestros males, que arrancar pudiera
Llanto y piedad a las encinas duras,
No solo a humanos pechos. En el tiempo
Que el sacerdocio santo era obtenido
Por jóvenes también, hubo un mancebo,
Noble pastor, y sacerdote entonces,
Llamado Aminta; el cual amó a Lucrina,
Ninfa gentil a maravilla y bella,
Pero soberbia a maravilla y falsa.
Mostróse ella gran tiempo agradecida,
O lo fingió con vanas apariencias,
Al puro afecto del amante joven,
Y sustentóle de esperanzas falsas,
Mientras que el infeliz rival no tuvo.
Mas no bien fue de rústico mozuelo
Mirada la inconstante, cuando al punto,
Sin defenderse a su primer suspiro,
Al nuevo amor abandonóse toda
Antes que el mal se sospechase Aminta.
¡Miseró Aminta! que esquivado luego
Fue y despreciado tanto, que ni verle
Ni escucharle jamás quiso la impía...
Pues como al fin, tras el amor perdido,
Quejas también y lágrimas perdiere,
Vuelto, rogando, a la gran diosa: «¡oh Cintia
Dijo, si ya con inocentes manos
Y puro corazón el sacro fuego
En tu altar encendí, venga la llama
Que la pérfida ninfa en mí ha vendido.»

Oyó Diana el llanto y las plegarias
Del fiel amante, su ministro amado,
Pues respirando en la piedad la ira,
Acrecentó la cólera, y cogiendo
El arco omnipotente, lanzó al seno
De la mísera Arcadia inevitables
Y ocultos dardos de espantosa muerte.
Sin piedad, sin socorro perecían
Gentes de toda edad y de ambos sexos
Era tarda la fuga, el arte inútil,
Vano el remedio; y antes que el doliente,
El médico infeliz morir solía.
Una sola esperanza en tantos males
Quedó, y fue el implorar su auxilio al cielo
Consultado el oráculo, respuesta
Dio, clara sí, pero funesta y triste
Que Cintia estaba airada, y aplacarse
Sólo pudiera si la infiel Lucrina,
U otro de nuestra gente en lugar suyo,
En holocausto presentado fuese
Por las manos de Aminta a la gran diosa.
Ella en vano lloró, y esperó en vano
De su nuevo amador ser socorrida;
Que al fin, llevada con solemne pompa,
Fue miserable víctima a las aras;
Donde a los pies de su ofendido amante,
A aquellos pies de quien seguida en vano
Ya tanto fue, las trémulas rodillas
Dobló, esperando su infelice muerte
Del mancebo cruel. Aminta entonces
Intrépido desnuda el sacro acero,
Y en su rostro inflamado parecía
Que el furor y venganza respiraban.
A ella vuelto después, dijo, lanzando
Un gran suspiro anunciador de muerte:
«Aprende en tu miseria, infiel Lucrina,
Cuál amante seguiste, y cuál dejaste,
Contempla en este golpe.» Esto diciendo,
Clavó el cuchillo por su mismo seno,
Y cayó sin aliento en brazos de ella,
Víctima y sacerdote a un tiempo mismo.
A tan fiero espectáculo pasmóse
La misera doncella; pero al punto
Que recobró la voz y los sentidos
Dijo llorando: «¡Oh fiel, oh fuerte Aminta!
¡Oh amante que tan tarde he conocido,

Y me has dado muriendo vida y muerte!
Si fue culpa el dejarte, ora la enmiendo
Eternamente uniéndome contigo.»
Y esto diciendo, desclavó el cuchillo,
Teñido aún con la caliente sangre
Del tarde amado enamorado pecho;
Y atravesando el suyo, moribunda
Sobre Aminta cayó, que aun no bien muerto
De aquel golpe fatal suspiraría.
Tal fue de ambos el fin...

III

Corisca

¿Quién ha visto jamás, ni quién ha oído
Más extraña pasión, más importuna,
Ni más loca también? Quién en un pecho
El odio a un tiempo y el amor unirse
Con temple tan sutil, que uno por otro
Se dilata y estrecha, y nace y muere?
Si desde el pie gallardo hasta el semblante
Miro yo la belleza de Mirtilo;
Si sus modales y su hablar contemplo,
Y su hermoso ademán y sus miradas,
Me asalta amor con tan violento fuego,
Que toda yo me abraso, y me parece
Que vence esta pasión todas las otras.
Mas si después contemplo el obstinado
Amor que tiene a mi mujer, y pienso
Que de mí no se cura, y que por ella
Desprecia mi beldad idolatrada
De mil almas y mil, tanto le esquivo,
Y le aborrezco tanto, que imposible
Se me hace haberle alguna vez amado,
Y que ardiese por él el pecho mío.
Me digo así tal vez «¡Oh si pudiese
Gozar de mi dulcísimo Mirtilo,
Tal que yo sola le tuviese, y nadie
Le poseyese nunca! Oh más que todas
Feliz Corisca» Y en aquel momento
Un ímpetu en mi seno se despierta,
Y hacia él tan dulcemente me arrebata,
Que a sus huellas seguir, y a suplicarle,
Y a descubrir el corazón camino.

¿Qué más? Así me punza este deseo,
Que si pudiera ser, le adoraría.
Por otra parte me revuelvo y digo:
«¡Un soberbio, un esquivo, un desdeñoso,
Uno que a amar otra mujer se atreve,
Un hombre que me mira y no me adora,
Y así de mi semblante se defiende,
Que no muere de amor! ¡Yo, que debía,
Como a tantos he visto, verle ahora
Abatido y lloroso a los pies míos,
Abatida y llorosa a los pies suyos
Podré verme caer! «Y en esta idea
Ira tal, y tal cólera concibo
Contra él, y contra mí, por haber vuelto
A mirarle la vista, el pecho a amarle,
Que odio más que la muerte el amor mío
Y el nombre de Mirtilo, y le quisiera
Ver el más infeliz, más afligido
Pastor que hubiese; y si le viera entonces,
Con mis manos allí le mataría.
Así el odio y amor, ira y deseo
Se combaten a un tiempo; y yo, que he sido
La llama de mil almas hasta ahora,
Y el tormento de mil, ardo y suspiro,
Y pruebo en mi dolor el mal ajeno.
Yo, que allá en la ciudad por tanto tiempo,
De amantes gentilísimos servida,
Fui siempre insuperable, y burlé siempre
Todas sus esperanzas y deseos,
Ya de un rústico amor, de un vil amante,
De un zagalejo humilde soy vencida.
¡Oh Corisca infeliz! en este punto,
Si desprovista de amor te vieras,
Di, ¿qué fuera de ti? Dime, ¿qué harías
Para calmar tu enamorada rabia?
Aprendan a mi costa hoy las mujeres
A conservar y a acumular amantes.
Si ni otro bien ni pasatiempo alguno
Que el amor de Mirtilo yo tuviese,
¡Cierto que rica de galán me viera!
Mil veces simple la mujer que a un solo
Amante llega a reducirse: ¡oh! nunca,
Nunca tan necia se verá a Corisca.
¿Qué es constancia? ¿Qué es fe? Fábulas vanas
Nombres imaginados por celosos
Para engañar las simples doncelluelas.

La fe en el pecho de mujer, si acaso
Fe en hembra alguna aposentarse puede,
No es bondad, no es virtud; es una dura
Necesidad de amor, ley miserable
De menguada beldad que ama a ti no sólo,
Porque amada de muchos ser no puede.
Mujer bella y gentil, solicitada
De muchedumbre de amadores dignos,
Si a uno se acerca y los demás despide,
O no es mujer, o si es mujer, es necia.
¿Qué vale la beldad cuando no es vista
Y si vista, no amada; y si es amada,
Amada de uno solo? Que en el mundo
Cuanto más dignos y frecuentes sean
De una mujer los amadores, tanto
La fama crece y alabanza de ella,
Y su esplendor y gloria se aseguran
En tener muchos Las discretas damas
Así vivir en las ciudades suelen;
Y las que son más bellas y más grandes
Con mayor libertad; siempre es entre ellas
Despedir un amante gran locura;
Hacen muchos así lo que uno solo
Quizá no hará: quién para dar es bueno
Quién a servir, quién a otra cosa es útil;
Y sucede tal vez que sin saberlo
Lanza el uno los celos que dio el otro,
O los despierta en el que no los tuvo.
De esta manera en las ciudades viven
Las mujeres ilustres, donde un día
Yo aprendí el arte del amor, guiada
De mi espíritu mismo, y del ejemplo
De una dama gentil que me decía
«Es preciso tratar a los amantes
Cual si fuesen vestidos: tener muchos;
Uno ponerse, y remudarlos todos;
Que el largo conversar causa fastidio,
Y el fastidio desprecio y odio al cabo.
Es grande error, Corisca, que una dama
Llegue su amante a fastidiar; tú cura
De que aquel que soltares salga siempre
Quejoso, y no cansado. Y así siempre
He procedido yo; gusto tenerlos
En grande copia; entretener los unos
Con los ojos, los otros con las manos,
Pasar al pecho el que mejor me agrada,

Y al interior del corazón ninguno.
¡Mas ay! que de esta vez yo no sé cómo
Ha venido Mirtilo, y me atormenta
Tanto, ¡infeliz! que a suspirar me obliga,
Y a suspirar de veras, y negando
A mis cansados miembros el sosiego,
También yo aprendo a desear la aurora,
Tiempo oportuno a los amantes tristes.
Cual ellos, ¡ay! por esta selva umbrosa
Ando buscando la adorada huella
De mi enemigo. ¿Qué le harás, Corisca?
¿Le rogarás? El odio no lo quiere,
Aunque lo quiera yo. ¿Le huirás? Ni aquesto
Lo consiente el amor, aunque debiera
Tal vez hacerlo así. Pues ¿qué resuelves?
Las súplicas primero y los halagos
Abrirán el camino, y descubierto
Le ha de ser el amor, mas no la amante;
Si esto no basta, acudiré al engaño;
Y si ni este tampoco, memorable
Venganza hará la cólera...

IV

El sátiro

Cual hielo a plantas, sequedad a flores,
A ciervos red, a pajarillos liga,
Granizo a espigas, y gusano a trigo;
Así contrario amor fue siempre al hombre;
Y quien fuego le dijo, conocía
Su natural tan pérfido y malvado
Pues si el fuego se mira, ¡oh cómo es bello!
Y si se toca, ¡oh qué cruel! El mundo
Más espantoso monstruo no conoce
Como fiera devora, y como acero
Punza y traspasa, y como viento vuela;
Y donde afirma la imperiosa planta
Toda fuerza y poder cede a su fuerza.
No de otro modo amor, que si le miras
Ya en bellos ojos, ya en cabellos de oro,
¡Oh cual gusta y deleita! ¡Oh cual parece
Que solo paz respira y alegría!
Mas si te acercas mucho y si le pruebas,
Si comienza a bullir, y luego crece,

No tiene tigre Hircania, ni la Libia
León tan fiero, o pestilente sierpe,
Que en fiereza le venza o se le iguale;
Crudo más que la muerte y que el infierno,
Contrario a la piedad, ministro de ira,
Y finalmente, amor de amor desnudo.
¿Mas para qué hablo de él? ¿Por qué le culpo?
¿Es él la causa de que el mundo ahora,
Amando no, mas delirando peca?
¡Oh femenil perfidia! A ti se impute
De la infamia de amor toda la culpa.
De ti sola, y no de él, viene y se engendra
Cuanto de duro y de malvado tiene;
Pues él, de suyo blando y apacible,
Al punto pierda su bondad contigo.
Tú no le dejas penetrar al pecho,
Y de pasar al corazón las vías
Le cierras todas; por defuera sólo
Le adulas y le halagas, y es tan sólo
Tu cuidado, tu pompa y tu deleite,
De un afeitado rostro la corteza.
No son tus obras ya, ni ya te empleas
En pagar con tu fe la fe de amante,
En luchar, en amar, con quien te ama
Hacer de dos un corazón tan solo,
Y en una voluntad unir dos almas.
Pero te ocupas en teñir con oro
Un cabello insensato, ornar la frente
Con una parte de él envuelta en nudos,
Y lo demás, en red entretejido,
Prender el corazón de mil incautos.
¡Oh cuán indigno a un tiempo y fastidioso
Es el verte tal vez con los pinceles
Pintarte las mejillas, y las faltas
De natura y del tiempo andar borrando!
¡Hacer se torne en púrpura brillante
La triste amarillez, blanco lo negro,
Las arrugas lisura, y un defecto
Quitar con otro, y aumentarle acaso!
Y esto es nada, aunque tanto: son iguales
A las obras costumbres y caricias.
¿Qué cosa tienes tú que no sea falsa?
Si abres la boca, mientes; si suspiras,
Mentido es este suspirar; si mueves
Hacia alguno los ojos, la mirada
Es mentida también: todos tus actos,

Todo ademán, y lo que en ti se mira,
Y lo que no se mira, hables o pienses,
Andes o llores tú, cantes o rías,
Todo es mentira, y aun aquesto es poco.
Vender más bien a quien mejor se fía,
Al más digno de amor amarle menos,
Y aborrecer la fe más que la muerte,
Tales las artes son que hacen tan crudo
Y tan perverso a amor. Tuya es la culpa
¡Oh pérfida mujer! de sus delitos,
O lo es más bien de quien de ti se fía.
En mí la culpa está, que te he creído,
Corisca perfidísima y malvada,
Aquí tan solo por mi mal venida
De las regiones lujuriosas de Argos,
Donde la liviandad tiene su imperio.
Mas tú finges también, y eres tan diestra
En mentir tus costumbres y palabras,
Que con las mas honestas ora unida
La fama del pudor anda contigo.
¡Oh cuánto afán he sostenido! ¡Oh cuántas
Ignominias por ella! ¡Oh cómo ahora
Me arrepiento de todo y me avergüenzo!
Aprende, incauto amante, de mi pena
A no adorar cual ídolo un semblante;
Que la mujer idolatrada es cierto
Un numen infernal: de su belleza
Se lo presume todo, a fuer de diosa;
Sobre ti, que te humillas, elevada,
Como cosa mortal te tiene en menos
Que ser por su valor ella se cree
Lo que la finges tú por tu vileza.
¿Para qué tanta esclavitud y tantos
Ruegos, suspiros. llantos? Estas armas
Úsenlas, sí, los niños y mujeres,
Mas nuestros pechos aún amando sean
Fuertes y varoniles. Hubo un tiempo
En que pensaba yo que suspirando,
Y llorando, y pidiendo, en pecho de hembra
La llama del amor se despertase.
Ora lo advierto, erré; que si ella tiene
El corazón de pedernal, es vano
El intentar con lágrimas suaves
O con el blando aliento de un suspiro
Hacerle echar centellas, si el acero
De un rígido eslabón no le combate.

Por tanto, deja el suspirar y el llanto,
Si el logro quieres de tu amor; y si ardes
Con fuego inextinguible, allá en el seno
De ese tu corazón más escondido
Tu afecto oculta, y ejecuta a tiempo
Lo que natura y el amor enseñan
Pues la virtud de la modestia solo
En el semblante la mujer la ostenta,
Y es grande error el que al tratar con ella
La tengas tú jamás, pues aunque tanto
La usa con los demás, consigo usada
La tiene en odio, y en su rostro quiere
Que la mire el amante, y no la emplee.
Con esta ley tan natural, si amares,
Tendrás gusto en tu amor; no vi Corisca
A mí me encontrará tierno y rendido
Sino fiero enemigo, que con armas
De un hombre de valor, no femeniles,
En crudo asalto la herirá. Dos veces
Cogí ya esta malvada, y no sé cómo
Se me fue de las manos; mas si llega
Por la tercera vez al mismo paso.
Ya yo la pienso asegurar de modo
Que escapar no podrá. Por estas selvas
Suele a veces vagar, y yo venteando
Como sagaz sabueso, ando tras ella.
¡Oh qué terrible estrago y qué venganza
Si la cojo he de hacer! Yo haré que vea
Que llega alguna vez a abrir los ojos
El que fue ciego, y que por mucho tiempo
No ha de vanagloriarse en sus perfidias
Una mujer sin fe y engañadora.

A DON GASPAR DE JOVELLANOS

(Cuando se le encargó el ministerio de Gracia y Justicia)

¿Pudo lucir el suspirado día
Que con sus votos la virtud llamaba,
Y la esperanza florecer que apenas
El sueño en sus halagos le pintaba?
Pudo: a este tiempo en repetido aplauso
Miro el viento batir, en dulces himnos
Los ecos resonar, y por do quiera,

De labio en labio sin cesar llevado,
El nombre de Jovino henchir la esfera.

¡Bien haya veces mil aquel momento
En que a las manos del saber se entregan
Las riendas del poder! En él cifrada
Su ventura ve el orbe; en ti, Jovino,
La suya ve tu patria. Ella anhelante,
Ya en el horror del precipicio puesta,
Auxilio implora y tu robusta mano
Que sólo tú de sus profundos males
El abismo sondar, dar a sus llagas
El poderoso bálsamo, y en rayos
De luz clara y vivífica pudieras
Inundarla por fin. ¡Oh! presto sea,
Presto se cumpla la esperanza mía;
La nube ahuyenta del error, con ella
Huirán al punto las funestas plagas
Que nuestra dicha en su insolencia ahogaron.
Y a ti sólo debida esta victoria,
Mi vista, ansiosa de tu honor, te vea
Brillar al fin con tan inmensa gloria.

Victoria más espléndida y más pura
Que las que en campos de pavor cubiertos
Consagra a Marte la fiereza humana;
No, empero, menos ardua revestida
De mil formas y mil tiende su vuelo
Rastren la ignorancia, y con sus alas
Cuanto toca consume; así en los campos
Que baña con sus ondas Guadiana
Crece el insecto volador, y muerta
Lamenta Ceres su verdura ufana.
Ora insulta y desprecia: en su habla loca
Es ocioso el saber, frívolos sueños
Las obras del ingenio, al polvo iguales
Los altos pechos que Minerva inspira.
¡Bárbara presunción! Allá en el Nilo
Suele el tostado habitador dar voces,
Y al astro hermoso en que se inflama el día
Frenético insultar: la injuria vana
Huye a perderse en la anchurosa esfera.
Y Febo en tanto derramando lumbre
Sigue en silencio su inmortal carrera.
Ora feroz a la indolencia usada
Se niega, y de murallas espantosas

Cerca y ataja los senderos todos
Por do a la humana perfección se arriba.
De allí, alzando el cuchillo, armada en muerto,
Cuantos su imperio detestable esquivan,
Tantos amaga. ¡Ay del cuitado que osa.
De generoso ardor el pecho henchido,
Sus nieblas disipar, buscar la lumbre,
Y a la cumbre trepar Víctima entonces
De su ciego furor... Pero primero
Del cielo y de la tierra se vería
Suspense el curso, y de las cosas todas
El lazo universal roto y deshecho,
Que la insolente estupidez su triunfo
Logre completo, y que sus impías manos
La sacra antorcha a la razón extingan.
¿Quién dio a la tempestad el loco orgullo
De sobrar a la luz? Tú, gran Jovino,
Insta, combate, vence. el monstruo horrible
Bramando espire; que reinar se vena
Benéficas las letras; que amparadas
De su inviolable independencia sean.

Ellas fueron tu amor, ellas tu encanto
Siempre serán ¡O bienhadado y digno
De envidia el que en su albergue solitario
Las fuentes del saber tranquilo apura!
Felices en su afán vuelan las horas
Ya la lectura le embelesa, y lleno
De admiración, los altos monumentos
De la estudiosa antigüedad medita,
Y a sus genios se hermana, ecos grandiosos
Por do la serie de la ciencia humana
Se dilata a los siglos. Ya llevando
Al hermoso espectáculo que ostenta
Natura, su atención, busca sus leyes,
Sus misterios indaga, en su belleza
Atónito se arroba, y desde un punto
Se hace inmenso como ella. Ora a los hombres
La vista paternal vuelve, y llorando,
Exento del error, ve sus errores,
Y los señala y los combate, y libre
Muestra la senda en que a placer se lleven
De la mundana actividad las ruedas:
Tal vez sueña, y soñando en su delirio,
Nuevos mundos se finge, y de virtudes
Y de ventura celestial los llena.

¿Quién no envidia su error? Lloro y suspiro
En la dulce ilusión que le enajena,
Y del orbe en el bien el suyo mira.

Siquiera allí de la servil codicia,
de la ambición frenética no tiembla
La eterna agitación: a fuer de vientos
Que en partes mil el horizonte rompen,
Y furiosos batiéndose, a su impulso
La fiel serenidad huye turbada;
Tal en el centro del poder se acosan
La doblez, la maldad, los vicios viles,
Que en mentido disfraz vagan tras ellas,
Y en su mísero vértigo sepultan
De la virtud las esperanzas bellas.
¡Ay! que tal vez al formidable peso
Rebelde el hombro, y de luchar cansado
Con la depravación, los tristes ojos,
Jovino, volverás a aquellos días
De tu apacible soledad testigos;
Los volverás llorando; el desaliento
Su amarga hiel derramará en tus venas,
Maldiciendo afligido aquel momento
Que te arrancó a tu albergue, do tranquilo
La virtud, la verdad fueron tu asilo.

¿Y el ejemplo del bien que debe al mundo
Todo gran corazón? Y la alta gloria
De aterrar la maldad? Y los consuelos
De la opresa virtud? Cuando lejana,
De hierro el cetro iniquidad violenta
Tienda a las veces, y afligido llore
El inocente en su opresión, tú entonces,
Tú serás su deidad. Antes venía,
Y con trémulo pie la aula pisaba,
La altiva majestad le confundía;
Demandaba justicia, y su semblante,
De incertidumbre tímida vestido,
Suspiraba un favor. Jovino ahora,
Jovino es quien atiende a sus querellas,
Quien enjuga sus lágrimas, quien tierno
También acaso le acompaña en ellas.
Lágrimas puras que, en placer bañada,
Derrama la virtud, ¡qué de consuelos
No dais al corazón! ¡Qué de pesares
No le quitáis! ¿Y el inmortal testigo,

El premio hermoso de los grandes hombres,
Alta posteridad, que ya te mira
Y tu nombre señala entre sus nombres?

¡Oh porvenir! ¡Oh juez incorruptible
Del hombre que vivió! ¡Cuál se amedrenta
De ti el profano pecho que ya un día
El bien miró, de indiferencia lleno,
Ni osó el cerco salvar que le ceñía!
Cuando la noche del sepulcro ostente
La nada ante sus pies, cuando ya el sueño
De su vida falaz se torne en humo,
¿Qué verá tras de sí? Mísero olvido
O excración eterna que a los tiempos
La memoria en su voz vuelve contino.
Aquel, empero, que de ardor divino
Tocado fue, que en incesante anhelo
Siempre ansió por el bien, y que en su mente,
A cuanto obró y pensó la faz terrible
Del tiempo que vendrá tuvo presente,
Ese vive inmortal; su excelso nombre
Colina el abismo de la tumba, y viva
Su gloria colosal queda en sus hechos;
Hechos que en ecos de alabanza suenan,
Que el campo inmenso del espacio ocupan,
Y el raudo giro de los siglos llenan.

Tiempo vendrá que en la dichosa Hesperia
Espaciando la vista alborozada,
Grite la admiración: «¿No es este el suelo
Que en otro tiempo a compasión movía?
Veinte siglos de error en él fundaron
El imperio del mal: en vano había
Pródigo el cielo de favor cubierto
Su seno en bienes mil, y codiciosa
La tierra por brotar, inagotables
Sus opimos tesoros ostentaba.
Su sed en vano innumerables ríos
Mitigaban regándola, y en vano
Bañara el mar su costa al occidente,
Al oriente y al sur. ¿Qué la servía
Un clima placidísimo y sereno
Que en vida, en fuerza y en placer la henchía?
Todo fue por demás: su manto triste
Tendió la asolación: yermos los campos,
Mustios los pueblos, indolente el hombre,

Sin conocer su estrago, sin aliento
Para salvarse de él, ruina y silencio
Cual de peste mortífera abrigaban.

¿Quién fue el Dios que bastó de tantos males
El torrente a atajar? Quién la carrera
Mudó a estas aguas, allanó los montes,
Los pantanos cegó? Cubren de Ceres
Y de Pomona los celestes dones
El suelo antes erial, que abrojos solos
Y zarzales inútiles llevaba.
Trocóse todo: por do quier la mano
Del hombre señalada, y por do quiera
Su vivífica acción en movimiento
Despierta mi atención. ¿Do las cadenas
Están de la verdad? ¡Cuál se ha extendido,
En alas del espíritu llevada,
De mar a mar y de Pirene a Gades!
¿Quién volvió a sancionar la ley de vida
Que en su pródigo amor naturaleza
Por la voz del deleite diera al mundo?
¿Qué numen creador pudo en un día
Verter aquí la plenitud y holganza,
Imprimir su vigor y su energía?»

¡Ah! que entonces el nombre de Jovino
Grande a la gloria y al aplauso viva,
Y aquel augusto galardón reciba
Digno de su virtud y alto destino.
¡Oh hermosa emulación! Vendrán las artes
Hijas del genio imitador, y solas
Adornar ansiarán el bello triunfo
De su alumno y su dios: suyo las ciencias
Le aclamarán, con su divina mano
Allá en la playa astur mostrando alegres
La mansión que él les diera, altar primero
Que alzó a Minerva la razón hispana.
En medio el labrador, no como un día
Angustiado, infeliz, pobre y desnudo,
Sino contento y vigoroso, alzando
La agradecida voz, dirá: «Fue mío,
Y su alabanza es mía; si de flores
Primero se adornó su mente hermosa,
Para mí maduró, y en fruto opimo
Gocé yo al fin de su favor los dones.
Si de su voz la persuasión salía

Como raudal de miel, ella a mis llagas
Dulce bálsamo fue. ¿No ahogó su mano
Una en pos de otra las odiosas sierpes
Que infestaban mi ser? Ved mi abundancia,
Ved mi contento, el delicioso halago
Con que de hijuelos el enjambre hermoso
Me alivia y me corona. ¡Ay! hubo un tiempo
Que el ser padre era un mal: ¿quién sin zozobra
A la indigencia, al desaliento, diera
Nuevos esclavos? Pero huyó; al olvido
Lanzó Jovino tan amargos días:
Mi esperanza, mi paz, las glorias mías
Obras son de su amor, son de su anhelo;
Dadme pues sólo el bendecir su nombre,
Y en dulces himnos levantarle al cielo.»

DESPEDIDA DE LA JUVENTUD

Creced y floreced, plantas hermosas,
Creced y floreced, y alzando al cielo
Esas ramas sonantes y frondosas,
Dañad en dulce lobreguez el suelo;
Que yo, angustiado, a vuestra sombra amiga
Me acogeré, y en ella
Tendré un asilo al fin donde no sienta
El vivo resplandor que el sol ostenta.
Él, en eterna juventud luciendo,
Vuela, y vuela sin fin: ¿qué son los años
Qué los siglos ante él? Ruedan furiosos;
Y a contrastar su solio se amontonan,
Y en su feliz carrera
Nada marchita su beldad primera;
Todos su gloria y su esplendor coronan.

¡Oh cuánta diferencia
Entre su fuerza y la flaqueza cala!
Sigue un día a otro día,
Y en su sorda inclemencia
Cada cual me amortigua, y me arrebatada
Al término en que espira la alegría.
Vuelvo la vista, y angustiado miro
Yacer segadas de mi edad las flores,
Y la vida mostrármese erizada
De espinas solamente y de dolores.

Tened ¡ay! compasión de mi amargura
Que bien me la debéis, árboles bellos.
Decid: cuando los vientos bramadores
A la voz del noviembre se desatan,
Y sacudiendo frío,
En su furor horrísono maltratan
Vuestro verdor sombrío,
Y anunciándoos vejez, de angustia os llenan
Y a desnudez tristísima os condenan,
¿No sentís? no lloráis? Y estremecidos,
¿No os acordáis de abril, cuando halagüeñas
Las manos de natura engalanaban
Vuestras frentes risueñas,
Cuando el auro os besaba con ternura,
Y los ojos distantes que os miraban,
Cual templos de frescura
Y asilos de placer os saludaban?

Tal de mi juventud y de mi gloria
Los venturosos días
Se pintan tristemente en mi memoria,
Al tiempo que volando
Huyen lejos de mí, sin que mis ayes
Sólo un momento detenerlos puedan.
Adiós, divino amor, que desplegando
Las bellas alas de oro,
Me llevabas en ellas
Por senderos de flores,
Y el pecho y labio sin cesar colmabas
Del néctar celestial de tus favores.

Adiós: la cruda mano
Del tiempo, a mis delicias enemigo,
Te arrebató consigo.
Y ¡oh cuántos otros bienes el tirano
Me arrebató también! ¿Con que la risa
Huyó por siempre de los labios míos,
Y la fiel confianza de mi frente?
Mis ojos, ¡ay! de lágrimas vacíos,
¿Será que nunca a desahogar ya tornen
Mi triste corazón, y que se vean
De él por siempre alejadas
Las esperanzas que halagüeñas ríen,
Las ilusiones que sin fin recrean?

Contigo, ¡oh juventud! contigo nace
El entusiasmo ardiente
Que arrebató hacia el bien, contigo espira,
Y tras él la virtud mustia y doliente
Privar de fuerza y marchitar se mira.
¿Qué a tu ferviente anhelo
Cuestan jamás los sacrificios? Oyes
La voz de la amistad, sientes la llama
Del patriotismo que tu pecho agita,
O bien la gloria que en honor te inflama;
Partes entonces desalada, y corres
Impávida a tu fin: como en la selva
El volador caballo,
Cuando en dichosa libertad respira,
Orgullosa se lanza a la carrera;
El viento no le alcanza, y vanamente
A intimidar su ardiente lozanía
Las ramblas y torrentes se presentan;
Las ramblas y torrentes acrecientan
Su generoso aliento y su osadía.

Y en vez de tantos dones
Como en mi tierno corazón moraban
Y en su luz generosa me ensalzaban,
¿Qué ofreces a mi vida,
Oscuro porvenir? El triste freno
De la prudencia y su compás helado;
Mientras que, derramando su veneno
La vil sospecha, asida
Del funesto puñal del desengaño,
En cada halago temerá un peligro,
Tras cada bien me mostrará un engaño;
Y roto el velo a la ilusión, el mundo,
Que pintado en tan mágicos colores
A mi inocente espíritu reía,
Será de hoy más a la tristeza mía
Yermo sin amistad y sin amores.

Morir fuera mejor; mas ¡ay, que abiertas
Ya a devorarme aspiran
De la siguiente edad las negras puertas!
La vista estremecida
Duda y se vuelve atrás: detén la mano,
Y no de bronce la eterna barrera
Corras, que esconde mi estación florida,
¡Dura necesidad! ¡Oye mi ruego!...

Mas no me escucha, y la corrió, y yo ciego,
Sin poderme valer, desconsolado,
Del carro del destino arrebatado,
A su imperiosa voluntad me entrego.

AL SUEÑO

Tú, mudo esposo de la noche umbría,
¡Oh padre del sosiego,
Sueño consolador! ¿por qué te niegas
A mi lloroso ruego?
¿Por qué a mis sienes con piedad no llegas?
Y no que lento y vagaroso bates
Lejos de mí tu desmayado vuelo,
Y esparces en el suelo
La niebla del balsámico rocío
Con que el dolor serenas
Y el vivo afán de las acerbos penas.

Duélete ¡oh sueño! al contemplar las mías;
Suspende, ¡ay Dios! suspende
Por un momento el velador cuidado,
Y en él tu velo vaporoso tiende.
¿No bastan, di, para penar los días?
Mi espíritu, rendido
A tanta agitación, mi triste pecho,
De palpar cansado,
Y en ansia y fuego el corazón deshecho,
Tu celestial venida
Imploran ¡ay! a restaurar mi vida.

Para obligarte, en vano
Mezclarme quise al alborozo insano
Del ruidoso festín, y la ancha copa
Henchí tres veces de espumoso vino.
Tres veces la apuré, sediento y ciego;
Pero en mi yerta boca
Se heló la risa y se tornó en gemido.
Y el ardiente licor que entró en mi seno,
En vez de dar a mi dolor reposo,
Raudal fue impetuoso
De hiel ingrata y ponzoñosa lleno.

Fácil un tiempo mi clamor olas,

Y blandamente en derredor volabas,
Y halagüeño doblabas
La gloria de mis días,
Que tú en la noche a redoblar ventas.
¡Oh ilusiones de bien! ¿Dónde habéis ido?
¿Tal vez a no tomar? Tal vez si ahora
¡Oh sueño! has de venir, vendrá contigo
A atormentarme airada
Del bien perdido la doliente idea;
Mas ven, sueño, a mi voz, aunque así sea.

Ven; que ya las dos osas
Al ocaso avecinan
Su refulgente carro, y presurosas
Las centellantes Pléyadas se inclinan.
La luna fatigada
Se retira hacia el mar, y ya la aurora
Precipita la hora
Que anuncia en el oriente
Su trémulo esplendor. ¡Ay! vendrá el día,
Vendrá, y mis ojos, de velar cansados,
Su luz no sostendrán ni su alegría.
¡Ríndete a compasión, sueño precioso!
Tu néctar delicioso
Mi triste frente halague,
Y blando y dulce y regalado vague
¿Me escuchas? ¡Oh favor! Ya desmayados
Mis sentidos fallecen,
Mis miembros se entorpecen,
Mis párpados se agravan,
Las penas mismas su inclemencia fiera
Con tu presencia acaban.
¡Quién de ellas libre al despertar se viera!

A DON RAMÓN MORENO

(Sobre el estudio de la Poesía)

«¿Y nos dejas, infiel? Y así abandonas
Tantas horas de afán? Y así al olvido
La flor darás de tus primeros días,
Que tantos lauros a tu sien prometen?
Nosotras a tu oriente presidimos.
¿Quién de fuego tu pecho, y de ternura

Llenó tu corazón? Quién de armonía
Bañó el acento de tu voz suave,
Cuando Henares, oyéndola, sus ondas
Serenaba suspenso, y de tu canto
El eco por sus márgenes sonaba?»

Así te hablaban las amables musas;
Y tú, esquivando su apacible halago,
Otra gloria, otra senda prevenías
A tu noble ambición; ellas la vieron,
Y de tu ingrata deserción lloraron.
¿Fue desprecio tal vez? ¿Pudo en tu mente
Caber también la vergonzosa idea
Con que orgullosa la ignorancia humilla
Este celeste don, y en sus furores
Le dice vano y frívolo, y riendo
Marca en oprobio el nombre de poeta?

Ella sola, entre nieblas asentada,
Puede desconocer el noble origen
Del talento que insulta, y ella sola
No respetar los sacrosantos nudos
Que con natura y la virtud le hermanan.

Cuando rompe la aurora en el oriente,
Y el rayo anuncia de la luz febea,
¿Quién entonces se niega a la alegría,
Al himno universal con que saluda
La tierra al nuevo sol? Quién, si la noche
Tiende su manto lóbrego, y el seno
De Olimpo con mil lumbres centellea,
De un horror melancólico y sublime
No se siente ocupar? ¿Cuál es el pecho
Que en férvido entusiasmo no se agita
Al mirar de su cárcel desatarse
Los aquilones, que azotando el polo,
Que agitando la mar, tremendos braman,
Y estrago y noche y tempestad lanzando,
Estremecen el orbe en sus furores?

¡Oh tú, infeliz, que en tu insensible pecho
Jamás probaste el sentimiento hermoso
Que estos cuadros magníficos inspiran!
Tú solo puedes despreciar grosero
Al genio que los pinta; y si la suerte,
Avara de tu bien, negó a tus ojos

El conocer la luz, y a tus oídos
El sublime placer de la armonía,
Calla; ¿qué harán tus importunos gritos!
Mostrar patente tu ignorancia oscura,
Y hacer odiosa tu fatal dureza.
Entra, amigo, en ti mismo, y las dos fuentes
En ti hallarás del arte encantadora
Que debes admirar: fuentes eternas
De do su gloria y su poder descienden.
Mira el espejo rutilante y puro
De tu imaginación, que en su grandeza
El mundo todo, el universo entero,
Sin contenerse en límites, abarca;
Contempla luego la inexhausta hoguera
En cuyo fuego las pasiones arden
Y el sentimiento sin cesar se ceba
Y así como en su curso van los ríos
Deslizándose hacia el mar sus claras ondas,
Ondas que de él en vagarosas nubes
Salieron ya; verás la poesía
Del corazón y mente descendiendo,
Al corazón y mente arrebatarse.
En vano intentas resistir: tu oído
Su acento ganará, tu fantasía
Poblarán sus imágenes hermosas
Y al volcán de su fuego y su vehemencia
Tu corazón ardiendo, vendrá el punto
En que, vencido, arrebatado, sigas
El carro triunfador de su alta gloria.

Tal será su poder, tal siempre ha sido.
Si lo niegas, pregunta al universo;
Sus fastos lo dirán: ve la violencia
Con que el torrente de los siglos corre,
Anonadando en su fugaz camino
Hombres, naciones; los imperios crecen,
Y otros imperios que a su vez se elevan,
Crecen, y llegan, y los tragan, y huyen,
Como impelidas de los euros fríos
Huyen las nieblas, sin dejar sus alas
Huellas ningunas por el aire vago.
Pues el genio inmortal de la armonía
Venció tanto furor; la faz del mundo
Trastornada se ve, y él resonando
En medio a tanta ruina, hasta la esfera
Los ecos lleva de su noble acento;

Y el hombre absorto de placer le admira.
¿Oyes el nombre del social Orfeo
Entre aplausos aún? Oyes cuál suena
La trompa heroica del cantor de Aquiles,
Y estrellarse en su nombre las edades,
Añadiendo en su honor nuevos trofeos?

¡Vivid, padres del canto! ¡Almas sublimes,
De la tierra esplendor! ¿No sois vosotros
Los que, admirando el universo, y llenos
De inmenso fuego al contemplar las leyes
En que el orden se asienta, arrebatados
De sagrado furor en vuestra lira,
El amor, la virtud, el bien cantabais,
Y de los hombres la rudez pulisteis?
Helos cuál tigres respirando ciegos
Estrago y sangre, con fatal cruera
Entre si devorándose, y feroces,
Solos, desnudos habitar las cuevas
Que dio natura a los agrestes brutos.
¡Mísera humanidad! Padres del canto,
Venid; a vuestra plácida armonía
El hombre sorprendido alza la frente,
Y ledo mira al sol; ya en sus entrañas
Arde el amor; esposo, padre, amigo,
Hombre es ya, en fin; en sociedad se anida,
Y el cielo alegre a su ventura ríe.
¡Vivid, padres del canto! No la tierra
Tan ingrata será, que al hondo olvido
Dé la memoria de los faustos días
Que nuestras bellas fábulas recuerdan.
No la dará: si vuestros nombres mueren,
Será allá cuando el mundo hecho pedazos
En el estrago universal esconda
Los nombres que sus ámbitos llenaron.

Y este precioso don, que al arte un día
Debió la especie entera, en todos tiempo
Le goza el hombre. Dime: allá en tu infancia,
¿Quién suavizaba y de risueñas flores
De la instrucción la senda te cubría,
Sino su halago? Sus grandiosos himnos
Te elevan al Olimpo, sus canciones
Te inundan de placer en tus festines;
Y abate luego, si a abatir te atreves,
La grandeza del genio que elevado

En generoso vuelo arde, y te lleva
A ansiar, llorar, a suspirar consigo,
A amar y aborrecer; que yo entre tanto,
Al ver los mundos que a su arbitrio crea
Un numen bienhechor en él bendigo,
Y hombre, de un hombre en el grandor me elevo.

¿Serán tal vez sus formas agradables
Y la eterna beldad de que se ciñe
Las que en su oprobio a declamar te incitan?
¡Hombre feroz! en tu fatal dureza
Arranca al prado su vistosa alfombra,
Su verdura a los árboles, y nunca
Las auras templen el fogoso estío.
¡Ay! harto amargo de la vida el cáliz
Es al hombre infeliz, para que esquivo
También le niegues el escaso néctar
Que a veces baña de placer sus horas.

Y no siempre su honor la poesía
Fundó en el muelle acento y blando halago,
En los objetos frívolos que ahora
Por nuestra mengua sin cesar la emplean.
Si es que los ecos bélicos te agradan,
Si los hórridos cantos de Tirteo
Aún quieres escuchar, vuela conmigo
Al campo de Mesenia, y en él mira
A los hijos de Esparta desmayados
Volver la espalda al desigual combate.
Y escucha de repente cómo truena
El canto de la guerra, y cuál discurre
De fila en fila, mortandad nunciando,
Y ahuyentando el temor; mira encenderse,
Con sus versos enérgicos airada,
La indignación violenta, y de la patria
El amor sacrosanto, a cuyo nombre
O morir o triunfar los héroes juran.
«Pues os preciáis de descender de Alcides
Amigos, alentad; ¿qué os acobarda?
Sabed que nunca la oprobiosa fuga
Escudo fue contra el rigor del hado;
Con hombres como vos es el combate.
¿De qué tembláis? Marchad; hermosa vida
Os dará la victoria, eterno nombre
Si en la lid perecéis el tiempo os guarda.»
Y al belísono acento enfurecida,

La muchedumbre intrépida se arroja.
Salta, acomete, y el horror, y el fuego,
Y la muerte espantosa, que silvando,
Del dardo y lanza en el acero vuela,
Nada son a su ardor; lucha, porfía,
A sus pies los soberbios baluartes
Húndense, y el laurel de la victoria
Ciñe la patria a su robusta frente.

¡Ay! los sagrados venerables días
No son aún en que se torne al canto
Su generoso y sacrosanto empleo.
Pero ellos brillarán yo, caro amigo,
Ya entonces no seré nunca mi acento,
Hirviendo de entusiasmo, en grandes himnos
Se podrá dilatar, que grata escuche
Mi patria, y que en la pompa de sus fiestas
El coro de los jóvenes los cante,
El coro de las vírgenes responda,
Y el eco lleve mi dichoso nombre,
Y todo un pueblo con furor le aplauda.

¡Oh tú, cualquiera que en mejores días,
Por don del cielo, de mi patria seas
El solemne cantor! ¡Tú, a quien guardada
Tan alta gloria está! Yo te saludo
¡Oh afortunado espíritu! y te adoro
Vuelve, te ruego, la dichosa vista
Al fango vil de que a salir en vano
Aspira mi ambición. No, sus esfuerzos,
Sus débiles esfuerzos no podrían
Durar, llegar a ti. ¿Qué serán ellos
Si con tu excelsa elevación se miden?
Escucha, empero, los aplausos míos,
Que vuelan a mezclarse a la alabanza
Con que tu siglo ensalzará tu nombre;
Y recibe estas lágrimas ardientes
De despecho y de envidia, que mis ojos
Al contemplar en ti vierten ahora.

En tanto pues que afortunado llega
Este tiempo, nosotros, dulce amigo,
Demos nuestro desprecio a la insolencia
Del poderoso, que, en su pompa hinchado,
Vincula en ella sus virtudes todas;
Démosle al vil que ante sus pies se abate,

Y aquella frente que le dio el destino
Para mirar al sol hunde en el polvo;
Más no suframos que los bellos dones,
Tesoros del espíritu, se vean
Escarnecidos nunca. Abandonemos
Tan delirante empeño a la ignorancia
O a la mediocridad, que insulta y muerde
El bronce de la fama, en cuyos ecos
Jamás el mundo escuchará su nombre.
(1798.)

EN LA MUERTE DE UN AMIGO

En este melancólico retiro
Do la indulgente soledad me abriga,
Y con su sombra amiga
Templa el horror en que infeliz respiro,
¿Qué fúnebres clamores
En confuso tropel hieren el viento
Y vienen a mezclarse a mis dolores?
Callad, nuncios de muerte; ya mi pecho,
De palpar deshecho,
No es bastante al raudal de la amargura,
Y el cáliz del dolor hasta las heces
Mi moribunda juventud apura.

¡Mísero! ¡Cuántas veces
Presente a algún festín, cuando rodaban
Por la mesa las copas de Lieo,
Y en risa y en placer nos inundaban,
Mi espíritu asaltado
De un súbito temor se estremecía,
«¡Si alguno de nosotros pereciera!»
En mi interior decía,
Y una indiscreta lágrima corría
Que atajaba el deleite en su carrera.
¡Presagio de dolor, ya estás cumplido!
Tendió la muerte sus horrendas alas;
Como buitre voraz cayó en mi amigo,
Y en él sus garras con furor clavando,
A la honda huesa le arrastró consigo.

En vano, ¡ay Dios! en vano
El bello sol, iluminando el día,

Derramará en el mundo
Su benéfica lumbre y su alegría;
De su seno frugífero y fecundo
En vano los tesoros
Ostentará la tierra
¿Qué importa? A otros darán la dulce vida,
No al ser helado que la tumba encierra.

¡Con que será ya en vano
Clamar yo en el dolor: «¡Álzate, amigo;
Ven como en otro tiempo a mí venías,
Cuando las ansias mías
Templar lograban su amargor contigo;
Levántate a valerme!» Que insensible
Me negará su oído,
Inmóvil a mi voz como esas rocas
Que rechazan mi lúgubre gemido.

Sí; que a nadie se atiende y se responde
En ese seno misterioso donde
Lejos del mundo el infelice vaga.
Pero el mundo me oirá, y enternecido
Dará que satisfaga
Mi luto y mi deber... ¡Oh lira mía!
Ven en mi afán a acompañarme, y demos
A mi infeliz amigo
El canto de alabanza; que se vea
Su alma bella en mis versos retratada,
Y eterna al mundo su memoria sea.

¿Qué sirve, empero, recordar ahora
De su hermosa virtud la alta esperanza?
Cuando el viento fatal de mediodía
De las arenas líbicas se lanza,
Y el seno de la Bética azotando
Con ala abrasadora,
La floreciente mies tala y devora,
¿Acaso la abundancia que esperaba
Podrá aliviar al labrador que llora?
¡Ah! ¡Son tan pocos los felices pechos
En que se anida la virtud! ¡Tan pocos
Aquéllos en que enciende
Entusiasmo y valor!... ¡Un día, un hora,
Un momento infeliz hunde en el polvo
La esperanza y delicias de los buenos!
¡Y los perversos viven y se ríen,

De todo miedo y sobresalto ajenos!

Huye pues, lira, de mi débil mano,
Ya que aliviarme en mi aflicción no alcanzas
Dolor manda la muerte, y no alabanzas,
Dolor y luto y lágrimas. ¡Oh amigos!
Venid, cercadme; y sosteniendo todos
Mi vacilante paso,
Hasta la tumba lúgubre lleguemos.
En ella plantaremos
Un fúnebre ciprés; mi amargo lloro
Le regará, mi diligente mano
Le hará crecer, y su enlutada sombra
Cubrirá la inscripción, que en letras de oro
Diga: «Al hombre sensible, al fiel amigo,
Al exaltado patriota... «Un día
Vendrá que el pasajero,
Cuando este triste monumento mire,
Sobre él contemple a la virtud llorando,
Y de respeto y lástima suspire.

¡Ay! ¿Qué resta a mi vida, amigos míos,
Sino hiel y dolor? Tal vez la parca,
Que en él se probó a herirnos, inflexible
Ya la segunda víctima señala.
¿Quién de nosotros?... ¿Y será posible
Que destinado a contemplar me vea
De unos y otros el fin, llorar a todos,
Y verme en todos acabar? ¡Oh muerte!
Ven a mí de una vez: tu horrenda saña
Descargue al punto la fatal guadaña,
Y no me guarde a tan acerba suerte.

A DON NICASIO CIENFUEGOS

(Convidándole a gozar del campo)

Tú, a quien el cielo con benignos ojos
Miró desde el nacer; tú, en cuyo pecho
Imprimió la virtud, y en larga mano
El don divino de pintarla diera,
Nicasio respetable, ¿por qué tardas,
Y a la amistad que ansiosa te desea
No te abandonas? De enlazados ramos

Espacioso dosel ora me ampara
Del crudo ardor del polvoroso estío,
Y los inquietos céfiros, vagando
En dulce fresco, en movimiento y vida,
Los senos bañan del jardín. Mi mente
Desalada entre tanto hacia ti vuela;
Vuela hacia ti, que a tu pesar sumido
En ese abismo pestilente y ciego,
Los campos y las selvas solitarias
Buscas, y aún dudas, y a gozar te niegas
Placer tan puro y celestial conmigo.

¡Oh! No tardes, no tardes: bien tus pasos
Llaves al bosque oculto, bien la vista
Tiendas alegre en la abundosa vega
O la dulce corriente te embelese
Del río encantador; todo te llama
Con delicioso afán, todo convida
Tu enérgico pincel. No aquí ambiciosa
Natura ansiara desplegar su inmenso
Poder, y ornada en majestad sublime,
Nuestra vista asombrar: guardó el espanto,
Guardó el terrible horror allá do esconde
Su frente el Apenino entre las nubes.
Cúbrenle en torno las eternas nieves
Que en vano bate el sol: si el viento suena,
Es proceloso el austro, en cuyas alas
Retumba el trueno; entonces los torrentes
Bajan furiosos a asolar los valles.
¿Qué es allí el hombre? Estremecido y solo
Atónito se para, y no cabiendo
Impresión tan soberbia en sus sentidos,
Al mudo pasmo y confusión se entrega.

Graciosa, empero, aquí, dulce, apacible,
Sus dones todos liberal reparte
Naturaleza, y con placer se ríe.
Tal la beldad en su primer oriente,
De gracias solo y suavidad bañada,
Suele más tierna embelesar los ojos,
Y el corazón herir. Nicasio, el mío
Más amó siempre que admiró. Do quiera
Ternura aquí y amor. ¡Oh cuántas veces,
Cuántas, mirando las sociales vides
Enlazarse a los olmos, y lozanas
Entre los ramos de su verde apoyo

Sus hojas ostentar y alegre fruto,
En dulce llanto se bañó mi pecho!
¡Cuántas pavesas del incendio antiguo
Plácidas se avivaron! Los suspiros,
Las ansias tiernas, la inquietud dichosa
Las delicias inmensas que algún día
Me inundaron, ¡ay Dios! y acaso huyeron
Para nunca volver; todas volaron,
Todas a un tiempo con igual ternura
Me asaltaron allí: si desaparece
Y huye el amor, a la memoria acuden
Padre, hermanos y amigos, y en un punto
Afectos mil que a penetrar mi seno
Aquel bosque solitario inspira,
Y absorto y melancólico me llevan.

Lejos allá su placentero ruido
La brillante cascada precipita
Por el senoso peñascal, adonde
Su curso rompe murmurando el río.
Corro y le miro ¡oh qué placer! furioso
Del dique opuesto a su violencia en vano
Clamoroso agitarse, alzar la espalda,
Luchar, vencer, hervir, y en alba espuma
Deshecho y raudo arrebatarse al llano.
Vaga la vista entre los dulces juegos
Que mil y mil con variedad graciosa
Mágica el agua a su mirar presenta.
Bañan en ella sus sedientas alas
Los apacibles céfiros, y llenos
De su grato frescor, ea vuelo alegre
Van a esparcirla a la tendida vega;
Mientras en dulce gratitud riendo,
La dócil caña el intratable espino
Y el álamo gentil en la ribera
Sus ramos tienden a besar las ondas:

Ondas preciosas que el colono activo
Supo en raudales dividir, y en ellos
Llevar la vida y la abundancia al campo.
Siquiera el cielo en su rigor se obstine
En negar el vivífico rocío,
Don de las nubes, los endebles diques
Rompe seguro el rústico, y al punto
Vieras la tierra que inundada embebe
El cristalino humor; y fuerzas nuevas

Con él cobrando, engalanar su frente
Un fruto y otro fruto, y cien tras ellos.

Así la vista por do quier se baña
En verdura eternal; así Pomona
Tiende su manto, y pródiga derrama
Del almo cuerno el celestial tesoro.
¿Qué mucho si su templo delicioso
Le plugo aquí sentar, y aquí adorada
Del hombre ser? Todo la acata. El río.
En dos partido, con ardor la ciñe,
Y ella en sus brazos y en su amor se goza.
Yo allí, mientras los árboles se mecen
Al son del viento, en tanto que a sus hombros
Sube contento las opimas cargas
El hortelano, y las zagalas ríen
En trises alegre y bullicioso juego,
Llego al altar de la deidad que en medio
Reina ostentando su silvestre pompa,
Y a reverencia y religión me inclina.
¡Arboles prodigiosos! ¡Cuál la mente
Que así os quiso agrupar? Cuál fue la mano
Que así os plantó? De majestad vestido
El añoso nogal, su cima alzando,
Hasta la cumbre del Olimpo alcanza;
Sube, y en su ambición tiende los brazos
Lejos de sí, cual si ocupar con ellos
De la esfera los ámbitos quisiera;
Y eternos a par de él, y a par sublimes,
Seis lúgubres cipreses los lujosos
Ramos le cercan, y en su faz sombría
La luz quebrantan del ardor febeo.

¡Oh delicias! ¡Oh magia! ¡Oh cómo hundida
Bajo esta hermosa bóveda se lleva
La mente a meditar! ¡Cuál se engrandecen
Sus pensamientos! Y a la par mirados,
¡Cuán breve el hombre, y su poder, su gloria,
Toda su pompa! ¡Oh qué de veces vieron
De su opulento dueño aquestos troncos
La afanosa inquietud! ¡Cuántas en vano
Con su grato silencio le brindaban
Al reposo, a la paz; y él orgulloso
En pos del mando y la ambición corría!
¡Qué de delitos no abortó el insano
Para saciar su ardor! Bañóse en sangre,

Domó la tierra, y ¿qué logró? Estas plantas
Le vieron perecer, y ellas quedaron:
Quedaron a esparcir sus ramos bellos
Sobre mí, que inclinado y reverente
Canto su gloria; y vivirán: testigos
Serán ¡ay! de mi fin cuando a su ocaso
Llegue el aliento de mi endeble vida.
Todo al tiempo sucumbe: ellas un día,
Ellas también... ¡Ah bárbaro! repara
La inclemente segur; muévante al menos
Su sacro horror, su venerable sombra,
Su augusta ancianidad. Pudo hasta entonces
Respetarlas el tiempo, ¿y tú atrevido
Su hojosa copa abatirás? Detente,
Detente, y no en un punto así destruyas
La gloria del verjel. Nogal frondoso,
Altos y melancólicos cipreses,
Para siempre vivid, y que el ingrato
Cuya mano sacrílega se atreva
Vuestros troncos a herir, jamás encuentre
Sombra refrigerante en el estío
Cuando le hostigue el sol; nunca reposo,
Nunca halle paz, y de su injusto pecho
Huya por siempre la inocencia amable
Que en el campo y los árboles se abriga.

Lejos, empero, de la frente mía
Tan lúgubre pensar. Adiós, cipreses,
Pomona, adiós: los álamos del bosque
Ya con su dulce amenidad me llaman.
Salve, repuesto valle; el sol ardiente
Me hirió al venir, y fatigado el pecho
Late anhelante, y con dolor respira.
Acógeme en tu seno; que tu yerba
Verde, abundosa, a mis cansados miembros
Sirva de alfombra; que el murmullo blando
Del grato arroyo en agradable sueño
Me envuelva y me regale, y que sacuda
Favonio en tanto el delicioso néctar
De su frescura, y mi sudor enjugue.
¡Ah! que ni aquí del velador cuidado
El tósigo alcanzó, ni las espinas
Del miedo agitador su punta emplean.
Todo es sosiego: al despertar, las aves
Con su armónico acento en mis oídos
Los ecos llevan del placer; las auras,

Árboles, cielo y arroyuelo y prado,
Todo me halaga y a mi vista ríe.
Mientras la fuente retirada y pura
Me ofrece el cáliz de sus ondas frías
A mitigar mi sed; y yo, embebido
Con himnos mil, en mi delirio ciego
A sus graciosas náyades imploro.

¡Oh Gesner! ¿dónde estás? Tú, a quien desnuda
Y llena de gracia y de inmortal belleza
Natura se mostró; tú, que inspirado
Fuiste de la virtud; tú, que en las selvas
La paz y la inocencia y los amores
Tan dulcemente resonar hacías,
¡Divino Gesner! ven; lleva mis pasos
Y enséñame a gozar. Contempla el suelo
Cuál nuestra planta engaña, y cuán hermoso
Se hunde aquí, se alza allá, forma ora un llano,
Después un seno; a la alameda vuelve
La vista embelesada, y mira en ella
Las gracias revolar; ve la ternura
Con que al abrigo del robusto padre
Del recio invierno y rigoroso estío
Los pequeñuelos árboles se amparan.
Pregunta al blando céfiro, que vuela
En sus copas dulcísimas moviendo
Los sonos del amor, cuántas zagalas
Asaltó aquí festivo, y cuántas veces,
De su recato virginal burlando,
Besó su frente y se empapó en su seno.
Pídele los tiernísimos suspiros
Que, llevados en él, por esta selva
Andan vagando, y las querellas tristes
Que el eco sordamente repetía.

Dímelo, ¡oh dulce fuente! Así tu curso
Siempre abundante y puro, coronado
Eternamente de verdor se vea,
Las veces di que el amador inquieto
Sus ansias vino a consultar contigo.
Aquí, en tus verdes márgenes sentado,
Tal vez se vio de la beldad que ansiaba
Gratamente acogido, y tal vez ella,
Tímida, tierna, de rubor teñida,
Le declaró su amor, y de sus ojos
Se escapó alguna lágrima que en vano

Luchó por contener; allá más lejos,
Dentro de aquella gruta solitaria
Que guarda el olmo en cavidad sombría,
¡Quién sabe si el placer!... ¡Oh ameno valle!
No tenías, no, que a revelar se atreva
Mi lengua tus misterios silenciosos;
Basta la envidia en que encender me siento,
Basta el encanto en que tu amor me inunda.

¿Y tú tardas, Nicasio? ¿Y con tan puros,
Tan mágicos placeres te convida
El campo, y tú le esquivas? Corre, vuela
Antes que el año en su incansable curso
Lleve al verano y al verdor consigo.
Cuidadoso el jardín te guarda flores;
Ven a gozarlas: si se agosta alguna,
Yo con los ojos del dolor la sigo,
Y pienso en ti, que su esperanza engañas
Huye con pie veloz esos lugares,
Digna morada de los tigres fieros
Que los habitan, do respiran sólo
El negro horror que en sus entrañas ceban
De donde huyó el sosiego, huyó por siempre
La dulce confianza; el pensamiento,
De la opresión sacrílega amagado,
No se atreve a romper el claustro oscuro
En que le hundi6 el temor; y las palabras,
Cuando son de virtud, sordas, temblando,
Do quier hallar con la maldad recelan.

¡Oh pechos sin virtud! Jamás preciaron
Los campos y las selvas que enmudecen
Cuando sus plantas con desdén las huellan.
Sí, que el sublime y celestial lenguaje
De natura entender sólo fue dado
A la inocente sencillez, y en ellos
Los vicios viles y execrables moran
De esclavos a tiranos. Dulce amigo,
Húyelos, y rendido a mis plegarias
Ven a acogerte a mi apacible asilo:
Los árboles no venden, los arroyos
No aprenden a mentir; sereno el aire,
Serenos el cielo, a respirar te brindan
En grata libertad: aquí segura
Podrá tu mente en sus grandiosas alas
El vuelo descoger; ora en los valles

Perderáste embebido, ora sonando
Tu lira de oro, invocarás las musas,
Y las musas vendrán; ellas amigas
Del campo siempre y soledad han sido.
Y en tanto que suspensa, embelesada,
La esfera atiende a tu sublime canto,
Yo, templando la cítara a tu ejemplo,
Mi humilde acento ensayaré contigo.
(1797)

PARA UN CONVITE DE AMIGOS

CORO.

¡Compañeros, silencio! El aura inquieta
Agita ya las cuerdas de la lira
Que anhela por sonar: cante el poeta,
Y que obedezca al numen que le inspira.

POETA.

Cantar, yo cantaré; mas ¿por ventura
Queréis también que a interrumpir me atreva
Su curso hermoso a tan sereno día?
¿Queréis que la voz mía
En sus robustos tonos,
como ya lo acostumbra, airada y fiera,
Rayos despida a los soberbios tronos?
¡Vano tesón! Los hombres olvidados,
Como se llevan a la mar los ríos,
A la vil servidumbre así se llevan,
Y con sus hombros la injusticia elevan.
Allá se avengan; a los pies se humillen
De la siempre insolente tiranía,
En tanto que nosotros consagramos
Las horas al placer y a la alegría.
Bebamos pues; nuestro apacible acento,
Fuerzas cobrando en el licor divino,
Salga más grande a penetrar el viento,
Suba mas dulce a celebrar el vino.

CORO.

Bebamos pues; nuestro apacible acento,
Fuerzas cobrando en el licor divino,
Salga mas grande o penetrar el viento,
Suba mas dulce a celebrar el vino.

POETA.

Cuando inspirado el lírico latino,
Glorias de Baco en su laúd cantaba,
El oriente a su carro encadenaba,
Que de tigres fierísimos uncía.
¿Quién al dios de la risa y la alegría
En tan terrible pompa conociera?
¿Quién sin dolor contemplara a Lico,
Ya llenando de horror los horizontes
Cuando apedaza bárbaro a Penteo,
Ya hinchendo en frenesí madres y esposas,
Y al grito de las Ménades furiosas
Las cavernas bramar, y arder los montes?
¡Triste alabanza! ¡Cántico inhumano!
Odiar, matar, despedazar furioso
Son dones propios de cualquier tirano.
Más le quiero yo ver la sien ceñida
De pámpanos pacíficos, riendo,
En brazos de su Ariadna reclinado,
Besando a veces su turgente seno,
y a su presencia amiga
Desterrando el mortífero veneno
Del esquivo cuidado y la fatiga.
¿Quién basta ¡Oh Baco! a celebrar tus dones?
Tú, cuando braman las pasiones ciegas
A modo de huracán dentro del pecho,
Eres iris de paz que las sosiegas.
Tu aliento al afligido
Las dolorosas lágrimas enjuga,
Y a la desconfianza sospechosa
La encapotada frente desarruga.
¿Qué más? Hasta el esclavo
Vilmente atado a la servil cadena,
Cuando el ardor de tu licor le llena,
Sacudiendo su pena, alegre canta,
Y a su señor insulta,
Y al Olimpo la frente audaz levanta.
¡Prodigio sin igual! ¡Digna victoria
Del rubio dios que del oriente vino!
Bebamos en su honor, suya es la gloria.
¡Gloria sin fin al inventor del vino!

CORO.

¡Prodigio sin igual! ¡Digna victoria
Del rubio dios que del oriente vino!

Bebamos en su honor, suya es la gloria.
¡Gloria sin fin al inventor del vino!

POETA.

Mas ya no basta a contener mi acento
Este breve horizonte, ya ambicioso
Otros más anchos ámbitos desea.
¡Oh, si el eco de paz yo dar al viento
Pudiese, y que a mi voz quedase ocioso
El hierro que aterrando centellea!
Dame tu aliento, ¡oh Baco! dame el vuelo
De los bóreas alígeros, y al punto
Arrebátame allá donde irritado,
Con sangre hinchado y la corriente aun roja,
Al mar helado el Vístula se arroja.
Tres déspotas allí mandan la muerte
¡Sacrílegos! Al tiempo
Que hace el genio del mal paz con el mundo,
Que todo vive y por vivir anhela,
Ellos matan: ¡qué horror! Ved al oriente
La primavera hermosa
Mostrar festiva su purpúrea frente.
La copa de los árboles pomposa
Grata sombra nos da, nido a las aves,
Y dulce juego al céfiro lascivo.
Brillante el sol, desde su excelsa cumbre
Inunda al universo
En torrentes de lumbre;
Mientras la flor brotando el prado esmalta,
Y en la torcida madre que le encierra
Por guijas de oro el arroyuelo salta.
¿Dónde el Vístula fue? ¿Dónde la guerra?
Cual cometa a mi vista aparecieron,
Como prestos relámpagos huyeron.
¡Oh! no vuelvan jamás: perdí el camino;
Le cobraré bebiendo; y que mi canto,
En vez de daros belicoso espanto,
Os dé el encanto que respira el vino.

CORO.

¡Oh! no vuelvan jamás: perdió el camino,
Que le cobre bebiendo; y que su canto,
En vez de darnos belicoso espanto,
Nos dé el encanto que respira el vino.

POETA.

Brindemos; ¿y por quién? Por la hermosura.
¿No veis al rebullir del fresco viento
Y a la vivaz fragancia de las flores
Despertar en enjambres los amores?
Que cada cual al punto por su amiga
Beba, que cada cual la encuentre siempre
Más fresca y más hermosa
Que por abril la rosa;
Siempre brillante y pura
Como es brillante el sol, puros los cielos.
Nunca sospecha o ponzoñosos celos
Osen romper tan amorosos lazos;
Que a sus abrazos cedan los abrazos
Del álamo y la vid, y que a sus besos
Cedan también en fuego y en dulzura
Las deliciosas chispas centellantes
Que ora en este licor mi labio apura.
Bebamos: acordémonos que un día
Dijo riendo Venus a Lleo:
«Tu ardor va a par con la belleza mía;
Tú igualas el poder con el deseo.»

CORO.

Bebamos: acordémonos que un día
Dijo riendo Venus a Lleo:
«Tu ardor va a par con la belleza mía;
Tú igualas el poder con el deseo.»

POETA.

Mas dejemos a amor: amor se agrada
En el silencio, y delicado y niño,
Hasta el aire le ofende, y goza solo.
La amistad es social: pródigo el cielo,
Dio a la dulce amistad ser el consuelo,
Ser el encanto de la humana vida...
¡Ay! ¿por qué, amigos míos,
Por qué esta amarga lágrima vertida
Mi inflamada mejilla baña ahora?
¿En dónde están los pérfidos que un día
Con horrenda traición mi amor pagaron,
Y a modo de asesinos?... ¡Ah infelices!
Jamás su alma alevosa
Tendrá ya este placer, esta alegría
Que ora tan pura en mi interior rebosa.
Volvedme el vaso a henchir, brindad conmigo
Y otra vez le apurad. Por este cielo,

Por este sol que nos alumbra y mira,
Por este puro céfiro que espira
Y en mi frente el sudor volando oreo,
Por el vivo placer que nos recrea,
Tocad las copas, y juremos todos
Que tan dulce amistad eterna sea.
No importa al juramento estar beodos;
No importa, no; jurad, bebed sin tino;
Vuelva el aplauso, la algazara vuelva,
Hierva en los vasos rebosando el vino,
Y a voces torne a retumbar la selva.

CORO.

Vuelva el aplauso, la algazara vuelva,
Hierva en los vasos rebosando el vino,
a voces torne a retumbar la selva.
(Abril de 1807.)

A LA INVENCION DE LA IMPRENTA

¿Será que siempre la ambición sangrienta
O del solio el poder pronuncie solo,
Cuando la trompa de la fama alienta
Vuestro divino labio, hijos de Apolo?
¿No os da rubor? El don de la alabanza,
La hermosa luz de la brillante gloria,
¿Serán tal vez del nombre a quien daría
Eterno oprobio o maldición la historia?
¡Oh! despertad: el humillado acento
Con majestad no usada
Suba a las nubes penetrando el viento
Y si queréis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñís la frente,
Que vuestro canto enérgico y valiente
Digno también del universo sea.

No los aromas del loor se vieron
Vilmente degradados
Así en la antigüedad; siempre las aras
De la invención sublime.
Del genio bienhechor los recibieron.
Nace Saturno, y de la madre tierra
El seno abriendo con el fuerte arado,
El precioso tesoro

De vivífica mies descubre al suelo,
Y grato el canto le remonta al cielo,
Y Dios le nombra de los siglos de oro.
¿Dios no fuiste también tú, que allá un día
Cuerpo a la voz y al pensamiento diste,
Y trazándola en letras, detuviste
La palabra veloz que antes huía?

Sin ti se devoraban
Los siglos a los siglos, y a la tumba
De un olvido eternal yertos bajaban.
Tú fuiste: el pensamiento
Miró ensanchar la limitada esfera
Que en su infancia fatal le contenía.
Tendió las alas, y arribó a la altura
De do escuchar la edad que antes viviera,
Y hablar ya pudo con la edad futura.
¡Oh gloriosa ventura!
Goza, genio inmortal, goza tú solo
Del himno de alabanza y los honores
Que a tu invención magnífica se deben:
Contéplala brillar; y cual si sola
A ostentar su poder ella bastara,
Por tanto tiempo reposar natura
De igual prodigio al universo avara.

Pero al fin sacudiéndose, otra prueba
La plugo, hacer de sí, y el Rin helado
Nacer vio a Guttemberg. «¿Con que es en vano
Que el hombre al pensamiento
Alcanzase escribiéndole a dar vida,
Si desnudo de curso y movimiento,
En letargosa oscuridad se olvida?
No basta un vaso a contener las olas
Del férvido Océano,
Ni en sólo un libro dilatarse pueden
Los grandes dones del ingenio humano:
¿Qué les falta? ¿Volar? Pues si a natura
Un tipo basta a producir sin cuento
Seres iguales, mi invención la siga:
Que en ecos mil y mil sienta doblarse
Una misma verdad, y que consiga
Las alas de la luz al desplegarse.»

Dijo, y la imprenta fue; y en un momento
Vieras la Europa atónita, agitada

Con el estruendo sordo y formidable
Que hace sañudo el viento
Soplando el fuego asolador que encierra
En sus cavernas lóbregas la tierra.
¡Ay del alcázar que al error fundaron
La estúpida ignorancia y tiranía!
El volcán reventó, y a su porfía
Los soberbios cimientos vacilaron.
¿Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo
Que abortó el dios del mal, y que insolente
Sobre el despedazado Capitolio
A devorar el mundo impunemente
Osó fundar su abominable solio?

Dura, sí; más su inmenso poderío
Desplomándose va; pero su ruina
Mostrará largamente sus estragos.
Así torre fortísima domina
La altiva cima de fragosa sierra
Su albergue en ella y su defensa hicieron
Los hijos de la guerra,
Y en ella su pujanza arrebatada
Rugiendo los ejércitos rompieron.
Después abandonada,
Y del silencio y soledad sitiada,
Conserva, aunque ruinosa, todavía
La aterradora faz que antes tenía.
Mas llega el tiempo, y la estremece, y cae;
Cae, los campos gimen
Con los rotos escombros, y entre tanto
Es escarnio y baldón de la comarca
La que antes fue su escándalo y espanto.

Tal fue el lauro primero que las sienas
Ornó de la razón, mientras osada,
Sedienta de saber la inteligencia,
Abarca el universo en su gran vuelo.
Levántase Copérnico hasta el cielo,
Que un velo impenetrable antes cubría,
Y allí contempla el eternal reposo
Del astro luminoso
Que da a torrentes su esplendor al día.
Siente bajo su planta Galileo
Nuestro globo rodar, la Italia ciega
Le da por premio un calabozo impío,
Y el globo en tanto sin cesar navega

Por el piélago inmenso del vacío.
Y navegan con él impetuoso,
A modo de relámpagos huyendo,
Los astros rutilantes; más lanzado
Veloz el genio de Newton tras ellos,
Los sigue, los alcanza,
Y a regular se atreve
El grande impulso que sus orbes mueve.

«¡Ah! ¿qué te sirve conquistar los cielos,
Hallar la ley en que sin fin se agitan
La atmósfera y el mar, partir los rayos
De la impalpable luz, y hasta en la tierra
Cavar y hundirte, y sorprender la cuna
Del oro y del cristal? Mente ambiciosa,
Vuélvete al hombre.» Ella volvió, y furiosa
Lanzó su indignación en sus clamores.
«¡Con que el mundo moral todo es horrores!
¡Con que la atroz cadena
Que forjó en su furor la tiranía,
De polo a polo inexorable suena,
Y los hombres condena
De la vil servidumbre a la agonía!
¡Oh! no sea tal. «Los déspotas lo oyeron,
Y el cuchillo y el fuego a la defensa
En su diestra nefaria apercibieron.

¡Oh insensatos! ¿qué hacéis? Esas hogueras,
Que a devorarme horribles se presentan
Y en arrancarme a la verdad porfían,
Fanales son que a su esplendor me guían
Antorchas son que su victoria ostentan.
En su amor anhelante
Mi corazón extático la adora,
Mi espíritu la ve, mis pies la siguen.
No: ni el hierro ni el fuego amenazante
Posible es ya que a vacilar me obliguen.
¿Soy dueño por ventura
De volver el pie atrás? Nunca las ondas
Tornan del Tajo a su primera fuente
Si una vez hacia el mar se arrebataron
Las sierras, los peñascos su camino
Se cruzan a atajar; pero es en vano;
Que el vencedor destino
Las impele bramando al Océano.

Llegó pues el gran día
En que un mortal divino, sacudiendo
De entre la mengua universal la frente,
Con voz omnipotente
Dijo a la faz del mundo: «El hombre es libre.»
Y esta sagrada aclamación saliendo,
No en los estrechos límites hundida
Se vio de una región; el eco grande
Que inventó Guttemberg la alza en sus alas;
Y en ellas conducida,
Se mira en un momento
Salvar los montes, recorrer los mares,
Ocupar la extensión del vago viento,
Y sin que el trono o su furor la asombre,
Por todas partes el valiente grito
Sonar de la razón. « Libre es el hombre.»

Libre, sí, libre: ¡oh dulce voz! Mi pecho
Se dilata escuchándote, y palpita,
Y el numen que me agita,
De tu sagrada inspiración henchido,
A la región olímpica se eleva,
Y en sus alas flamíferas me lleva.
¿Dónde quedáis, mortales
Que mi canto escucháis? Desde esta cima
Miro al destino las ferradas puertas
De su alcázar abrir, el denso velo
De los siglos romperse, y descubrirse
Cuanto será. ¡Oh placer! No es ya la tierra
Ese planeta mísero en que ardieron
La implacable ambición, la horrible guerra.

Ambas gimiendo para siempre huyeron
Como la peste y las borrascas huyen
De la afligida zona, que destruyen,
Si los vientos del polo aparecieron.
Los hombres todos su igualdad sintieron,
Y a recobrarla las valientes manos
Al fin con fuerza indómita movieron.
No hay ya ¡qué gloria! esclavos ni tiranos;
Que amor y paz el universo llenan,
Amor y paz por donde quier respiran,
Amor y paz sus ámbitos resuenan.
Y el Dios del bien sobre su trono de oro
El cetro eterno por los aires tiende;
Y la serenidad y la alegría

Al orbe que defiende
En raudales benéficos envía.

¿No la veis? ¿No la veis? ¿La gran columna
El magnífico y bello monumento
Que a mi atónita vista centellea?
No son, no, las pirámides que al viento
Levanta la miseria en la fortuna
Del que renombre entre opresión granjea.
Ante él por siempre humea
El perdurable incienso
Que grato el orbe a Guttemberg tributa:
Breve homenaje a su favor inmenso.
¡Gloria a aquel que la estúpida violencia
De la fuerza aterró, sobre ella alzando
A la alma inteligencia!
Gloria al que, en triunfo la verdad llevando,
Su influjo eternizó libre y fecundo:
¡Himnos sin fin al bienhechor del mundo!
(Julio de 1800)

A LA DUQUESA DE ALBA

(Presentándole una obra de escultura consagrada a su beneficencia.)

Fiel la amistad, a tu presencia ofrece
Este precioso monumento, en donde
La reverente gratitud te adora;
Él tu dulce atención humilde implora,
Y una mirada de favor merece,
Pues llega a ti como al Olimpo sube,
Por manos inocentes enviada,
De grato incienso vagarosa nube.

Pudo el cincel representar la gloria
De tu belleza, el poderoso halago
De tus ojos por siempre abrasadores,
Y tu triunfo ostentar y tus victorias
De las gracias en medio y los amores;
Mas era la amistad quien le guiaba:
Ella dijo al artista: « De tu mano
Un monumento singular espero,
Donde el genio del bien sólo respire;
Que de Alba la deidad en él se mire,

Y que por él eternizada sea
La bondad celestial, inagotable,
Que su apacible corazón recrea.

Y agradóse el cincel en su tarea
Que al fin en ella a consagrar no aspira
Aquellos hijos del poder que triste
La tierra siempre y con terror admira.
Ellos del arte a profanar se atreven
El genio creador cuando en su gloria
Mandan tallar los mármoles y bronces
Para eterno blasón de su memoria.
Óyelo el arte esclavizado, y gime,
Y obedece. ¿Qué importa? El humo negro,
Que sus atroces crímenes exhalan,
Allí fétido vaga; allí se escuchan
Los ayes tristes que lanzar hicieron
Aquel honor que sin pudor violaron,
Aquella fe que sin cesar mintieron;
La maldición del mundo, que oprimía
Su insolente ambición... ¡Ah! vanamente
Los esconde la tumba: ellos quisieron
Su fama eternizar; su fama vive,
Mas es de eterna execración cargada
Y si la tierra a su pesar los nombra,
O bien de oprobio y de baldón los cubre,
O bien gimiendo y con dolor se asombra.

¡Oh, cuán diversa suerte, amable amiga,
El cielo a ti te preparó! Tu cuna
La humanidad y la amistad mecieron,
Y en ti encontraron sempiterno abrigo.
Creciste: tu poder y alta fortuna,
Cual raudales de bien, siempre se vieron
Llevar el gozo y la piedad consigo.
¿Cómo o de dónde tan sublimes dones
De tu nombre a la pompa se hermanaron?
La pompa, siempre de soberbia henchida,
Sólo a temor y humillación convida;
Tú a agradecer y a amar. Dígalo el eco
De ansiedad y dolor con que tu nombre
De labio en labio sin cesar volaba
En estos tristes dolorosos días
Que la dolencia por tu ser vagaba,
Cuando, como serpiente ponzoñosa
Por tus entrañas débiles corriendo,

El mal las devoraba, y tú gemías.
Las noches sucedían a los días,
Los días a las noches; y el esquivo
Dolor triunfaba de tu endeble vida,
En su violencia atroz siempre más vivo.
Huye ¡oh muerte cruel! De aquí destierra
Tu faz odiosa y tu inclemente saña;
Hiera al perverso la fatal guadaña,
Vengando de él a la ultraja tierra,
Y perdona a su encanto... Oyólo el cielo.
Y el arte, que solícito empleaba
A par de ti su infatigable anhelo,
Calmar pudo al dolor; la parca airada,
Que feroz amagándote ya estuvo,
Cedió, y la mano en tu exterminio alzada
A su voz imperiosa se detuvo.

Vives en fin, y conservada fuiste
Al amoroso llanto y los suspiros
De la amistad, a los fervientes votos
Del agradecimiento. ¡Ah! si a la suerte
Plugo en tal riesgo separar la hora
Que a tu hermoso vivir última sea.
Arrójela bien lejos; y que entonces,
Sereno, sin dolor, sin agonía.
Se parezca el momento de tu sueño
Al dulce oscurecer de un bello día.
Morir es ley universal; no hay nadie
Que su sentencia redimir consiga;
Pero ¿morimos, adorable amiga?
No; nuestro cuerpo, que la tierra esconde,
Vive y da vida; nuestra mente vive,
La del sabio en sus libros, la del bueno
De sus acciones en el grande ejemplo;
La virtud recordándolas se eleva;
Gloria es su nombre, su memoria un templo.

Así vivirás tú; cuando trocada
La suerte de los pueblos, que ahora deben
A tu amoroso esmero su ventura,
Sientan soberbia a la opresión su azote
Sobre ellos extender, ¡oh cuántas veces
De ti se acordarán! ¡Cuántas, postrados
Ante este grupo, adorarán tu imagen,
Y dirán: «¿Dónde estás? ¿Cuál fue la mano
Que de tu amparo nos privó?» Y gimiendo,

Y en llanto triste el pedestal regando,
Exclamarán: «¡Oh Dios! si ella viviera,
Cesara nuestra mísera amargura;
Lloráramos tal vez, y el llanto fuera
De dulce gratitud y de ternura.»

EL PANTEÓN DEL ESCORIAL

En los amargos días
Que serán luto eterno en la memoria,
Y a los siglos remotos indignada
Con hiel y llanto pintará la historia;
Cuando después de reluchar en vano
Con la dura opresión en que gemía
La tierra, sin aliento al yugo indigno
El cuello pusilánime tendía;
Al tiempo que el destino,
Las espantosas puertas desquiciando
Del imperio del mal, sus plagas todas
Sobre España lanzaba,
Y ella míseramente agonizaba:
Yo entonces afligido,
«Pide, dije a mi espíritu, sus alas
A la paloma tímida, inocente;
Tómalas, vuela, y huye a los desiertos,
Y vive allí de la injusticia ausente.»

Al punto presurosas
Mis plantas se alejaron
A las sierras nevadas y fragosas,
Lindes eternos de las dos Castillas.
Ya sus cimas hermosas
Mi pensamiento alzaban
Del fango en que tú ¡oh corte! nos humillas
Cuando mis ojos la mansión descubren
Que en destinos contrarios
Es palacio magnífico a los reyes
Y albergue penitente a solitarios.
En vano el genio imitador su gloria
Quiso allí desplegar, negando el pecho
A la orgullosa admiración que inspira;
«¡Artes brillantes, exclamé con ira,
Será que siempre esclavas
Os vendáis al poder y a la mentira!

¿Qué vale ¡oh Escorial! que al mundo asombres
Con la pompa y beldad que en ti se encierra,
Si al fin eres padrón sobre la tierra
De la infamia del arte y de los hombres?

¡Mas no es tumba también!...» Y en esta idea
Embebecido el pensamiento mío,
Quise al recinto penetrar, en donde
Bajo eterno silencio y mármol frío
La muerte a nuestros príncipes esconde.
¡Salud, célebres urnas! En el oro,
En las pomposas letras que os coronan,
Decidme, ¿qué anunciáis? ¿Tal vez memorias,
Memorias, ¡ay! en que la mente opresa
Con el dolor presente
Pueda aliviarse al contemplar las glorias
Que un tiempo ornaban la española gente?
¡Sepulcros, responded!... Y de repente
Vuélvense de la bóveda las puertas
Sobre el sonante quicio estremecido,
La antorcha muere que mis plantas guía,
Y embargado el sentido,
Mil terribles imágenes se ofrecen
A mi atemorizada fantasía.

Tú que ciñendo de laurel la frente,
Con austero semblante
Y en perdurable verso
Presentas la verdad al universo,
Sin que el halago pérfido te vicie
Ni el ceño de los déspotas te espante:
¡Oh Musa del saber! mi voz te implora;
Ven, desata mi labio, en digno acento
Dame que pueda revelar ahora
Lo que vi, lo que oí, cuánto escondido,
Sin que los hombres a entenderlo aspiren,
Yace allí entre las sombras y el olvido.

Un alarido agudo, lastimero,
El silencio rompió que hondo reinaba,
Mientras las urnas lánguidas alumbraban
Pálida luz de fósforo ligero.
Levanto al grito la aterrada frente,
Y en medio de la estancia pavorosa
Un joven se presenta augusto y bello.
En su lívido cuello

Del nudo atroz que le arrancó la vida
Aún mostraba la huella sanguinosa;
Y una dama a par de él también se vía,
Que, a fuer de astro benigno, entre esplendores
Con su hermosura celestial sería
Del mundo todo adoración y amores.
¿Quién sois? iba a decir, cuando a otra parte
Alzarse vi una sombra, cuyo aspecto
De odio a un tiempo y horror me estremecía.
El insaciable y velador cuidado,
La sospecha alevosa, el negro encono,
De aquella frente pálida y odiosa
Hicieron siempre abominable trono.
La aleve hipocresía,
En sed de sangre y de dominio ardiendo,
En sus ojos de víbora lucía;
El rostro enjuto y míseras facciones
De su carácter vil eran señales,
Y blanca y pobre barba las cubría
Cual yerba ponzoñosa entre arenales.

Los dos al verle con dolor gimieron:
Paráronse, y el joven indignado,
«¿Qué te hicimos? ¡oh bárbaro! exclamaba;
¿Conoces a tus víctimas?» «Respeta,
Dijo el espectro, a quien el ser debiste
por el bien del Estado al fin moriste.
Resígnate.»

EL PRÍNCIPE CARLOS.

¡Oh hipócrita! La sombra
De la muerte te oculta, ¿y aún pretendes
Fascinar, engañar? Cuando asolados
Por tu superstición reinos enteros,
Yo los osé compadecer, tú entonces
Criminal me juzgaste, y al sepulcro
Me hiciste descender. Mas si en el pecho
De un hijo del fanático Felipe
No pudo sin delito haber clemencia,
¿Cuál fue, responde, la secreta culpa
De esta infeliz para morir conmigo?
Ni su sangre real, ni el ser tu esposa,
Ni su noble candor, ni su hermosura,
De tí pudieron guarecerla.»

Un hondo
Gemido entonces penetró los aires,
Que al desplegar sus labios dio la triste.

ISABEL DE VALOIS O DE LA PAZ.

«¡Ay, prorumpió, de la que nace hermosa!
¿Qué la valdrá que en su virtud confíe
Si la envidia en su daño no reposa,
Y la calumnia hiriéndola se ríe?
Yo di al mundo la paz, Paz me nombraron.
Quise al cruel que se llamó mi esposo
Un horror impedir, y éste es mi crimen.
Pedí por ti con lágrimas; mis ruegos,
Cual si de un torpe amor fuesen nacidos
Irritaron su mente ponzoñosa.
La vil sospecha aceleró el castigo,
Y sin salvarte, perecí contigo:
¡Ay infeliz de la que nace hermosa!»

Dijo; y vertiendo lastimoso llanto,
En los hombros del joven reclinada,
Sus ojos melancólicos y bellos
Fijaba en él, y la amistad más viva,
La más noble piedad reinaba en ellos.
Entre sus manos frías
Se miraba la copa envenenada
Que terminó sus días,
Y el Príncipe en las suyas agitando
Un sangriento dogal, con faz terrible
A su bárbaro padre atormentaba.
El tirano temblaba; en sordos ecos
Desesperados ayes
Su boca despedía,
Y de sus miembros trémulos
En convulsiones hórridas
Brotaba a su despecho la agonía.
Sí, nacer para el mal, romperse el velo
De la ilusión que arrebató hacia el crimen,
Presentes ver las víctimas que gimen,
Ser odio, execración del universo,
Mirar que niega la implacable suerte
Todo retorno al bien; ¡ay! al perverso
Este infierno tal vez en vida alcanza,
Si aún le sigue a los reinos de la muerte,

¡Qué terrible, oh virtud, es tu venganza!
Sobrepujando en fin por un momento
La agitación, y vuelto hacia su hijo:

FELIPE II.

«Cesa, cruel, de atormentarme, dijo:
Tu muerte injusta fue; pero el Estado
Con ella respiró. Si tú vivieras,
Rota la paz, turbada la armonía
De un imperio hasta allí quieto y sereno,
Tú profanarás su inocente seno
Con la atroz sedición, con la herejía.»

EL PRÍNCIPE CARLOS.

«Mandar, sólo mandar, que se estremezca
La tierra a vuestro arbitrio, éste es el orden,
Ésta la ley con que regís al mundo
Tú y tus iguales, y al ahogar la vida
De las naciones míseras que os sirven
Dais el nombre de paz al desaliento
De la devastación. ¡Oh de Felipe
Hijos, nietos imbéciles, decidle
Qué resta ya de la nación que un tiempo
Al mundo dominó como señora.
Alzaos del polvo, y respondedle ahora.»

A los tremendos ecos
De la imperiosa voz, que resonando
Fue como trueno bronco por los huecos
De aquellas tumbas, de repente abiertos
Sus mármoles, tres sombras abortaron,
Que en vez de amor u horror, desprecio sólo
Y piedad injuriosa me inspiraron.
Alzaba al cielo sin cesar los ojos
Con apariencia mística el primero,
Dejando el cetro en tanto por despojos
A un mercenario vil, cuya avaricia,
Mientras más atesora, más codicia.
Enjuegos, danzas, farsas distraído,
Y al crótalo procaz dando el oído,
El segundo se entrega a los placeres,
Y el reino y el deber pone en olvido.

Trémulo el otro respiraba apenas.
¡Oh Dios! ¿Y esto era rey a tanto imperio?
Nulo igualmente a la virtud que al vicio,
indigno de alabanza o vituperio,
La estrella ingrata que su ser gobierna
Le destinó en el mundo
A impotencia oprobiosa, a infancia eterna.

Violos Felipe, y en aquel momento
Lució en su faz la majestad pasada
Violos, y dijo:

FELIPE II.

«¿Quiénes sois? ¿Qué hicisteis
Del inmenso poder que se extendía
Con pasmo universal de polo a polo?
Tal os le di muriendo. Al nombre hispano,
A su esplendor y bélica fortuna
Tembló el francés, se estremeció el britano,
Y te oyó con terror la media luna.»

FELIPE III.

«Yo nací para orar: un solo día
Quise mostrarme rey, y de sus lares
A las arenas líbicas lanzados
Un millón de mis súbditos se vieron.
Los campos todos huérfanos gimieron,
Llora la industria su viudez; ¿qué importa?
Su voz no llegó a mí.»

FELIPE IV.

«Ya el trono de oro,
Que a tanto afán alzaron mis abuelos,
Debajo de mis pies se derrocaba;
Mientras que, embebecido entre festines
Yo, olvidando mi oprobio, respiraba
El aura del deleite en los jardines.»

CARLOS II.

«Yo inútil...»

FELIPE II.

«Basta ya; ¿quién hay que al verte
Pueda ignorar la deplorable suerte
De este imperio, en tus manos moribundo?»

EL PRÍNCIPE CARLOS.

«Aún no basta; responde: ¿a quién el mundo
Te vio dejar el vacilante trono?
A quién diste el poder de Austria?»

CARLOS II.

«A la Francia.»

FELIPE II.

«¡A la Francia! A esa gente abominable,
Eterno horror de la familia mía!
¿Lo oyes, oh padre? Las legiones fieras,
Que en San Quintín triunfaron y en Pavía,
Bajo el yugo se ven de los vencidos.
¿Cómo España es tan vil, que lo consienta?
No hay duda, un astro pérfido, inclemente,
Se ha complacido en eclipsar mi nombre,
Y el mundo en vano me llamó el Prudente.»

Así en estos inútiles clamores
Su confusión frenético exhalaba,
Cuando las losas del sepulcro bendiendo
Se vio un espectro augusto y venerable,
Que a los demás en majestad vencía.
El águila imperial sobre él tendía
Para dosel sus alas esplendentes,
Y en arrogante ostentación de gloria
Entre sus garras fieras y valientes
El rayo de la guerra arder se vía,
Y el lauro tremolar de la victoria.
Un monte de armas rotas y banderas

De bélicos blasones
Ante sus pies indómitos yacía
Despojo que a su esfuerzo las naciones
Vencidas, derrotadas, le rindieron.
Las sombras a su aspecto enmudecieron,
Y él, con fiero ademán vuelto al tirano,
Dijo:

CARLOS V.

¿Por qué culpar a las estrellas
De esa mengua cruel? Por qué te olvidas
De tu ambición fanática y sedienta,
Que de prudencia el nombre sacrosanto
A usurpar se atrevió? Yo los desastres
De España comencé y el triste llanto
Cuando, espirando en Villalar Padilla,
Morir vio en él su libertad Castilla.
Tú los seguiste, y con su fiel Lanuza
Calló Aragón gimiendo. Así arrollados
Los Dobles fueros, las sagradas leyes
Que eran del pueblo fuerza y energía,
¿Quién, insensato, imaginar podría
Que, en si abrigando corazón de esclavo,
Señor gran tiempo el español sería?
¿Qué importaba después con la victoria
Dorar la esclavitud? Esos trofeos
Comprados fueron ya con sangre y luto
De la despedazada monarquía.
Mírala entre ellos maldecirme a gritos.»

Y era así; que agoviada con el peso
De tanto triunfo allí se querellaba
Doliente y bella una mujer, y en sangre
Toda la pompa militar manchaba.
El prosiguió:

CARLOS V.

«¿Las oyes? Esas voces
De maldición y escándalo sonando
De siglo en siglo irán, de gente en gente.
Yo el trono abandoné, te cedí el mando,
Te vi reinar... ¡Oh errores! ¡Oh imprudente

Temeridad! ¡Oh míseros humanos!
Si vosotros no hacéis vuestra ventura,
¿La lograréis jamás de los tiranos?»

Llegaba aquí, cuando de la alta sierra
Bramador huracán fue sacudido,
De tempestad horrísona asistido,
Para espantar y combatir la tierra.
Derramóse furioso por los senos
Del edificio; el panteón temblaba;
La esfera toda se asordaba a truenos;
A su atroz estampido
De liar en par abiertas
Fueron de la honda bóveda las puertas:
Entraron los relámpagos, su lumbre
Las sombras disipó, y enmudecido,
Y envuelto yo en pavor, cobró el sentido,
Cual si con tanta majestad quisiera
Solemnizar el cielo
La terrible lección que antes me diera.
(Abril de 1805.)

A ESPAÑA, DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN DE MARZO

¿Qué era, decidme, la nación que un día
Reina del mundo proclamó el destino,
La que a todas las zonas extendía
Su cetro de oro y su blasón divino?
Volábase a occidente,
y el vasto mar Atlántico sembrado
Se hallaba de su gloria y su fortuna.
Do quiera España: en elpreciado seno
De América, en el Asia, en los confines
Del África, allí España. El soberano
Vuelo de la atrevida fantasía
Para abarcarla se cansaba en vano
La tierra sus mineros le rendía,
Sus perlas y coral el Océano,
Y donde quier que revolver sus olas
El intentase, a quebrantar su furia
Siempre encontraba costas españolas.

Ora en el cieno del oprobio hundida,
Abandonada a la insolencia ajena,

Como esclava en mercado, ya aguardaba
La ruda argolla y la servil cadena.
¡Qué de plagas, ¡oh Dios! Su aliento impuro,
La pestilente fiebre respirando,
Infestó el aire, emponzoñó la vida;
La hambre enflaquecida
Tendió sus brazos lívidos, ahogando
Cuanto el contagio perdonó; tres veces
De Jano el templo abrimos,
Y a la trompa de Marte aliento dimos
Tres veces ¡ay! Los dioses tutelares
Su escudo nos negaron, y nos vimos
Rotos en tierra y rotos en los mares.
¿Qué en tanto tiempo viste
Por tus inmensos términos, oh Iberia?
¿Qué viste ya sino funesto luto,
Honda tristeza, sin igual miseria,
De tu vil servidumbre acerbo fruto?

Así, rota la vela, abierto el lado,
Pobre bajel a naufragar camina,
De tormenta en tormenta despeñado,
Por los yermos del mar ya ni en su popa
Las guirnaldas se ven que antes le ornaban,
Ni en señal de esperanza y de contento
La flámula riendo al aire ondea.
Cesó en su dulce canto el pasajero,
Ahogó su vocería
El ronco marinero,
Terror de muerte en torno le rodea,
Terror de muerte silencioso y frío;
Y él va a estrellarse al áspero bajío.

Llega el momento, en fin; tiende su mano
El tirano del mundo al occidente,
Y fiero exclama: «El occidente es mío.»
Bárbaro gozo en su ceñuda frente
Resplandeció, como en el seno oscuro
De nube tormentosa en el estío
Relámpago fugaz brilla un momento
Que añade horror con su fulgor sombrío.
Sus guerreros feroces
Con gritos de soberbia el viento llenan
Gimen los yunques, los martillos suenan,
Arden las forjas. ¡Oh vergüenza! ¿Acaso
Pensáis que espadas son para el combate

Las que mueven sus manos codiciosas?
No en tanto os estiméis: grillos, esposas,
Cadenas son que en vergonzosos lazos
Por siempre amarren tan inertes brazos.

Estremecióse España
Del indigno rumor que cerca ola,
Y al grande impulso de su justa sana
Rompió el volcán que en su interior hervía.
Sus déspotas antiguos
Consternados y pálidos se esconden
Resuena el eco de venganza en torno,
Y del Tajo las márgenes responden:
«¡Venganza!» ¿Dónde están, sagrado río,
Los colosos de oprobio y de vergüenza
Que nuestro bien en su insolencia ahogaban?
Su gloria fue, nuestro esplendor comienza;
Y tú, orgulloso y fiero,
Viendo que aún hay Castilla y castellanos,
Precipitas al mar tus rubias ondas,
Diciendo: «Ya acabaron los tiranos.»

¡Oh triunfo! ¡Oh gloria! ¡Oh celestial momento!
¿Con que puede ya dar el labio mío
El nombre augusto de la patria al viento?
Yo le daré; mas no en el arpa de oro
Que mi cantar sonoro
Acompañó hasta aquí; no aprisionado
En estrecho recinto, en que se apoca
El numen en el pecho
Y el aliento fatídico en la boca.
Desenterrad la lira de Tirteo,
Y el aire abierto a la radiante lumbre
Del sol, en la alta cumbre
Del riscoso y pinífero Fuenfría,
Allí volaré yo, y allí cantando
Con voz que atruene en rededor la sierra
Lanzaré por los campos castellanos
Los ecos de la gloria y de la guerra.

¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,
Único asilo y sacrosanto escudo
Al ímpetu sañudo
Del fiero Atila que a occidente oprime!
¡Guerra, guerra, españoles! En el Betis
Ved del Tercer Fernando alzarse airada

La augusta sombra; su divina frente
Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;
Blandir el Cid su centellante espada,
Y allá sobre los altos Pirineos,
Del hijo de Jimena
Animarse los miembros gigantes.
En torbo ceño y desdeñosa pena
Ved cómo cruzan por los aires vanos;
Y el valor exhalando que se encierra
Dentro del hueco de sus tumbas frías,
En fiera y ronca voz pronuncian «¡Guerra!

¡Pues qué! ¿Con faz serena
Vierais los campos devastar opimos,
Eterno objeto de ambición ajena,
Herencia inmensa que afanando os dimos?
Despertad, raza de héroes: el momento
Llegó ya de arrojarse a la victoria;
Que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,
Que vuestra gloria humille nuestra gloria.
No ha sido en el gran día
El altar de la patria alzado en vano
Por vuestra mano fuerte.
Juradlo, ella os lo manda: ¡Antes la muerte
Que consentir jamás ningún tirano!»

Sí, yo lo juro, venerables sombras;
Yo lo juro también, y en este instante
Ya me siento mayor. Dadme una lanza,
Ceñidme el casco fiero y refulgente;
Volemos al combate, a la venganza;
Y el que niegue su pecho a la esperanza,
Hunda en el polvo la cobarde frente.
Tal vez el gran torrente
De la devastación en su carrera
Me llevará. ¿Qué importa? ¿Por ventura
No se muere una vez? ¿No iré, espirando,
A encontrar nuestros ínclitos mayores?
«¡Salud, oh padres de la patria mía,
Yo les diré, salud! La heroica España
De entre el estrago universal y horrores
Levanta la cabeza ensangrentada,
Y vencedora de su mal destino,
Vuelve a dar a la tierra amedrentada
Su cetro de oro y su blasón divino.»
(Abril de 1808)

